

R 40571

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. VICENTE BARRANTES,

Á 25 DE MARZO DE 1876.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE P. NUÑEZ

Corredera Baja de San Pablo, núm. 43

1876



DISCURSO DEL SR. BARRANTES

Doble pésame, señores, recibió esta ilustre Corporacion el 5 de Enero del año pasado, por la temprana pérdida de D. José Godoy Alcántara, á quien contaba en su seno, y abiertos los brazos, vanamente esperó en ellos estrecharle. Escritor estimable por todos títulos é infeliz, *vir bonus dicendi peritus*, y como tal predestinado á no exceder los límites de una social medianía, cuando en plácemes y honores literarios empezaba á recoger el fruto de su modesta laboriosidad, un padecimiento cruel, una de esas enfermedades que acompañan á los libros y á las veladas literarias, como la lepra en los siglos medios acompañaba á la miseria, vino á paralizar la docta pluma que habia producido tan notables trabajos como la *Historia crítica de los falsos cronicones*, y el *Estudio sobre los apellidos castellanos*, ambos en público certámen laureados; el primero, por vuestra insigne hermana la Academia de la Historia, y por vosotros mismos el segundo. Más afortunada que la vuestra fué, sin embargo, aquella Corporacion, que pudo ver á Godoy sentado en sus sillones, prestándole el concurso de sus vastos conocimientos y con las bellas prendas de su carácter encantándola. No cerraré ciertamente este doloroso párrafo, á la memoria de tan buen amigo y colega consagrado, sin dedicar tambien un recuerdo, que surge de seguro en cuantos me escuchan espontáneo, á la gloriosa estirpe literaria de quien fué quizás Godoy último representante entre nosotros. ¡Destino triste es á la verdad el de los

Alcántaras, que á las más hermosas flores de sus hermosos campos andaluces los semeja, pues por ser tan aromáticas y esplendentes, apenas si resisten un dia los rayos abrasadores del sol meridional! Muerto en la isla de Cuba el gallardo historiador de la poética Granada, cuando más sazonados frutos su ingenio prometía, síguete al sepulcro prontamente su menor hermano Emilio, eruditísimo arabista, docto coleccionador de nuestros cantos populares, recogiendo la herencia literaria de ambos, ya en línea transversal, nuestro malogrado Godoy, cuyo sillón, ahora tan vacío como cuando él nominalmente lo ocupaba, habeis tenido la benevolencia de ofrecerme.

Ardua tarea echais, señores, sobre mis débiles hombros, y en hora antes que á la meditacion y al recogimiento, á la inquietud del ánimo adecuada, que viven las inteligencias en el período histórico que atravesamos vida triste de vacilacion y duda, como quien presencia el espectáculo de una renovacion de la sociedad, y no puede resistirse, que así lo disponen designios inescrutables, á ser elemento destructor ó elemento destruido, torrente que arrasa los campos ó campo arrasado por el torrente. Fuérame dado, viniendo alegre en más alegres dias al templo del buen decir y de la pureza del habla castellana, traerlos á par con este mi primer saludo de gratitud, serenas impresiones del mundo literario que fuera de vosotros vive, propia y acertada mision de estos discursos, donde cada nuevo Académico debe en puridad presentarse á vuestros ojos como heraldo de las tendencias y aspiraciones de la literatura militante, cuyo revuelto campo abandona para encerrarse en vuestras sosegadas tiendas. Mas no es posible, señores, que en tales momentos como los presentes, manifestacion alguna artística de las dulces emociones del espíritu acierte á desarrollarse en el tiempo ni en el espacio, sin la saturacion de la atmósfera que nos rodea, que es como contagio á todas partes difundido, fragor pavoroso de la lucha entre la razon y la fé, entre lo bello y lo deforme, que á nuestro siglo desgraciado simboliza, siendo verdugo implacable de toda poesía, de toda idealidad consoladora. «Privado el artista de la vida interior, que acaso no conoce siquiera, segun observa profundamente F. Schlegel en sus *Ideas sobre el arte cristiano*, es imposible que la despliegue espléndida en sus creaciones, por-

»que se agita su ánimo en confuso torbellino, en el delirio de una existencia meramente externa, interiormente vacía y nula, »opuesta de todo en todo al arte, cuya misión es levantarnos »desde la baja de esa vida, al alto mundo de los espíritus.»

Glorioso ejemplo de triste é incesante batallar ¿no sois vosotros mismos? ¿Qué tregua ni qué descanso os consentís contra las invasiones perturbadoras del habla castellana, antes renovadas que reprimidas? La preclara institución de esta Academia ¿qué es en los revueltos días que atravesamos, sino arca santa que conserva las puras tradiciones de un cimiento poderoso de nuestra nacionalidad, único que acaso resiste sin grietarse á los golpes de la piqueta destructora, porque está amasado con la sangre de cien héroes y cien generaciones, y templado al calor inestinguible de las creencias cristianas? Ella, merced á vosotros y á vuestra vigilancia incesante, sigue flotando sobre este caos de elementos despedazados, de opiniones en ruina, verdadera nebulosa espiritual, que es nuncio de nueva y mejor vida para unos, présago para los más de cataclismo infalible. Mantener en decoroso apartamiento, si no inmaculada como una doncella, respetable y respetada como una matrona, la hermosa lengua de fray Luis de Leon y de Cervantes, empresa parece poco ménos que temeraria, cuando los mismos hombres que madre la apellidan tienen en su pensamiento y desarrollan en las manifestaciones de su vida intelectual todos los principios de confusión y desbarajuste, que forman el caos político y religioso cuyo hervir nos rodea de estallidos espantables.

Llámesele decadencia moral, renovación ó depuración, que esto importa poco y el calificarlo con exactitud nos llevaría muy lejos, el estado embrionario y metamórfico es hoy común á todas las ciencias y todas las artes, donde la literatura, abeja del pensamiento humano, liba los jugos que han de formar su sabrosa miel, como que ellas á su vez lo sacan de las mismas entrañas de la ciencia-madre, la filosofía, entregada en este siglo á un vértigo que le hace engendrar monstruos deformes, por haberse torpe y ciega divorciado de aquella noble hermana, que fué tan seguro guía al gran poeta de la Edad Media en las oscuridades del *Purgatorio* y del *Infierno*. Bien duramente por cierto reprendió Beatriz al Dante la misma culpa, lección que debieron

de aprender las generaciones sucesivas, y por desgracia la han olvidado:

«Quando di carne á spirto era salita,
e bellezza é virtú cresciuta m' era
fu io á lui men cara é men gradita:

• • • • •
Tanto giú cadde, che tutti argomenti
alla salute sua eran già corti,
fuor che mostrargli le perdute genti.»

Guiaros á mi vez hasta el fondo de ese movimiento filosófico para que viéseis clara como la luz su añeja vaciedad, su satánica tendencia, sus infinitas deformidades artísticas y literarias, desenmascarando á la utopia degenerada de Pláton y Campanella, que con pretensiones de novedad y de un superior organismo, vive entre nosotros la vida de las rapsodias, al calor de aparatosos artificios, seria empresa patriótica y quizás oportuna, que todo espíritu bien intencionado la acaricia para vigorizar los salvadores principios religiosos y sociales; pero sobre ser impropia de vuestro instituto, que pertenece más bien al que registra los progresos de las ciencias morales y políticas, exige altísimas cualidades y profundos conocimientos filosóficos de que desgraciadamente carezco, y materiales desarrollos que los límites de este discurso no me permiten. Habré, pues, de contentarme con esbozaros á vuela pluma el cuadro de las deformidades literarias y artísticas á que enantes me referia; los errores que únicamente se relacionan con el lenguaje y los modos de enunciación de la idea, ¡y ojalá acierte á imitar á aquellos, que pintando la fealdad del rostro, dan claramente á entender las prendas morales de la persona! Á dicha puedo contar para no extraviarme en tan difícil camino con la segura guia de muy doctos escritores, que en este mismo lugar con envidiable acierto lo han reconocido y explorado, sin perder tampoco de vista los escollos en que algunos estuvieron á pique de perderse, que tal vez el error enseña más que el acierto al precavido. Las tentativas que se han hecho cerca de vosotros para que deis carta de naturaleza á cierto lenguaje filosófico, que ha andado y aun anda como de moda en la literatura, son á este propósito lecciones muy provechosas, porque con ejemplos tan elocuentes como tristes muestran cuánto

deslumbra el falso brillo de esas doctrinas, y á qué errores tan trascendentales no conducen, aun en la esfera puramente lingüística y literaria. Ya con el pretexto de enriquecer vuestro caudal de vocablos y de frases, ya con el de descubrir nuevas fuentes de autoridad aplicables al idioma, se ha pretendido que sancioneis implícitamente errores fundamentales de la filosofía moderna, y la invasión de una terminología innecesaria bajo el punto de vista de la ciencia española, bárbara é indefendible á la luz de vuestro *Diccionario* y vuestras autoridades. No he de recurrir yo á ellas, por cierto, sino á humildes y quizás desconocidos escritores de la escuela más olvidada hoy entre nosotros, para probar que nuestro lenguaje filosófico supera en claridad, en precision y por consiguiente en belleza al que campea en los libros á que me refiero, que no tienen por otra parte de profundos sino lo que tienen de inextricables y tenebrosos.

Pienso responder así á una tendencia patriótica y salvadora del momento presente, que ha iniciado uno de vuestros más célebres Académicos en donosa y chispeante polémica, donde la musa de la sátira se ha puesto al servicio de las altas lucubraciones de la filosofía; pero, repito, que no me permitiré entrar en el fondo de las doctrinas, sino muy de ligero y cuando sea indispensable para el mejor planteamiento de mi tesis. Si «el estilo, como dice Buffon, es el hombre; y si no se puede exprimir ni declarar, sino lo que se concibe en el entendimiento, «porque las voces son señales de los conceptos,» segun San Buenaventura, en su tratado de *Luminaribus Ecclesiae*, examinando aquí el estilo y los conceptos de esos escritores, de seguro ratificareis vuestra inapelable sentencia condenatoria, y quedará descubierto el mal corazon detrás de la mala cara.

Pasa por axioma entre los que estudian las evoluciones del espíritu humano en las épocas de renovacion social, que solo una pasion avasalladora y absorbente abre el abismo que separa á los santos de los heresiarcas, siendo en los primeros humildad lo que es soberbia en los segundos. En efecto, señores, mientras

proclama su pequeñez el humilde, y sin dificultad reconoce en su propia sabiduría un débil reflejo de la Suprema, que formó los mundos por un acto de su omnímota voluntad, el soberbio, por no declararse pequeño, ni reconocer á su inteligencia límites, al llegar á lo infinito y encontrarse allí frente á frente con Dios, se encara con El y le apostrofa, ó cuando ménos le vuelve despechado la espalda. La misma diferencia existe exactamente entre la filosofía racionalista, hija del libre exámen y de la revolucion, y la filosofía cristiana, hija de la Revelacion y de la autoridad divina. Aquella establece la razon y esta la humildad, como fuentes superiores del conocimiento de la verdad absoluta. Si todos los filósofos se propusieran, como el ilustre Balmes, no fundar un sistema nuevo, no establecer escuela filosófica, no creerse, en fin, único depositario de la verdad, que pertenece á Dios, que solo permite al hombre aproximarse á ella, ni el mundo de las ideas seria, como vemos, campo de extravagancias y delirios, ni el mundo material viviria entregado á las estériles agitaciones y á los ensayos peligrosos que nuestro tiempo devoran; pero la filosofía racionalista procede en sentido inverso, y donde ella está desde luego ha de existir fundacion sólida, escuela establecida, verdad descubierta y formulada, que los sábios antiguos completamente desconocieron.

Compárese el procedimiento de San Agustin, que hace de la humildad el término de la ciencia, por aquellas sublimes palabras: *Prima humilitas, secunda humilitas, tertia humilitas*, con el del racionalismo, declarando «que sea lo que fuere, »cuanto el hombre piensa, siente ó imagina, si con sinceridad lo »dice és de valor y estima;» y ya escusaré toda ponderacion de la vanidad del filosofismo de nuestros dias, máxime para vosotros, que recordais cómo el fundador de la escuela alemana más funesta y estendida en nuestro país, llamaba á su sistema *la ciencia*, dando á entender que ha destronado á la teología, bajo un aspecto, y bajo de otro, que hasta que el mundo tuvo la dicha de que él naciese habia vivido en la ignorancia.

Son los tiempos de falsa ilustracion tiempos de grande vanidad, y los hombres de ellos flojos en las creencias, vacilantes en la fé, dudosos y aun negativos del poder Supremo, porque el suyo propio los deslumbra y desvanece. Cada mediana inteli-

gencia, cada carácter un tanto viril, aspira á ser hoy un sistema, una organizacion, un Estado, opuesto, distinto, incompatible con todo otro sistema, con to'la otra organizacion, con cualesquiera otro Estado. Por eso vemos que nunca se preconizó tanto la armonía en la ciencia, en los espíritus y aun en las cosas mundanales, y nunca ha sido tan imposible, ni la oposicion tan viva entre los hombres, así en el órden moral como en el material. Oid á Tiberghien, uno de los oráculos de la escuela, proclamar ya realizada por Krause «la armonía de la especulacion y de la vida, que soñaron Pitágoras, Platon, Plotino, Orígenes y Leibnitz,» para confesaros á renglon seguido, contradiciéndose vergonzosamente, que hay en la actualidad «anarquía en las teorías, anarquía en las creencias, anarquía en la sociedad;» que hay «tantas opiniones como hombres;» que ni siquiera se ha creado «una unidad científica,» y que el mundo moral vive en el caos. Yo preguntaria en lenguaje más llano á esos inventores de sistemas armónicos, á esos padres del *Armonismo universal*, del *Armonismo absoluto*, pues ellos por palabras bárbaras no se detienen, si no les avergüenza y espanta la antítesis dolorosa que con sus delirios presenta este triste mundo de las realidades. No hay en Europa una sociedad tranquila, ni una agrupacion sin lucha interna y fundamental, ni un organismo que no parezca próximo á desmoronarse. Los pueblos soliviantados, las conciencias sin sosiego, las instituciones en equilibrio inestable ¿no son harta prueba de que va muy descarriada en nuestros días la ciencia que tiene por única mision trazarnos los caminos de la vida moral? ¡Ah! Si volviera á nacer el bueno de Severino Boecio, no escribiria ciertamente la *Consolacion*, sino la *Desolacion de la Filosofia*.

Ni le basta á ella con arrastrar de su carro triunfador á la humanidad ansiosa y sobresaltada; sino que mudable y quebradiza, como obra que hace el hombre sin mirar á Dios, finjese la potencia que le falta para ser innovadora, y cada nuevo día quiere trazar rumbo nuevo al humano espíritu, y que el nombre de cada filósofo por oscuro que sea marque una época de desenvolvimiento intelectual, como en la historia antigua las marcaron los nombres luminosos de Platon y Aristóteles. Volando con torpes álas el espíritu de sistema por los espacios de

la vanidad para hacernos creer que se remonta, renueva, afeita y disfraza los más añejos delirios, los sueños más estrambóticos que tiene el mundo ya olvidados; á cualquiera coleccion de vaciedades llama doctrina, á cualquiera fábula artificiosa, ideal humano ó divino, á cualquier librejo, Biblia, y á cualquiera declamador, gloria nacional. Así á los tristes que hemos alcanzado estos tristes tiempos, todos nos brindan salvacion y ventura; mientras la conciencia nos dice que estamos irremisiblemente perdidos, si Dios no pone término á nuestros errores.

No participamos nosotros en manera alguna de la exagerada opinion de los que cambian por cuatro versos bien hechos cuantas obras filosóficas desde Platon acá se han escrito; pues al contrario, estimando y reconociendo, como Balmes, que en el órden intelectual «son los filósofos la parte más activa del linage humano y cuando todos los filósofos disputan, disputa en »cierto modo la misma humanidad,» tampoco podemos desconocer que ninguna tiene ménos derecho que la llamada en nuestro país filosofía moderna á alardear de originalidad, principalmente en sus novísimas evoluciones, que tanto á sus corifeos envanecen. Por lo pronto, y sin entrar, como ya se ha dicho, en el fondo de los sistemas, las dos tendencias contradictorias é irreconciliables que hoy dividen á la filosofía, una á rebajar al hombre y otra á deificarlo, son casi tan antiguas como el mundo, y desde Heráclito y Demócrito vienen representadas en el intelectual por esas dos figuras que podrian llamarse mitológicas. Conste igualmente que al hablar de filosofía en este discurso, tampoco entendemos referirnos á la gran ciencia de la verdad religiosa, y en místico amor á la verdad cultivada, sino á aquellas escuelas que antes que metafísicas se engalanan con el pomposo título de sociológicas, porque más que á reformar al hombre se dirigen á reformar la sociedad y las instituciones humanas; á aquellas que tienen algun eco en nuestro país, donde la civilizacion, marchando para nosotros desgraciadamente en sentido inverso, con mengua de muchos siglos de originalidad y vigorosa invencion, nos ha hecho en pocos lustros menguados copistas de rapsódias más menguadas; de aquella escuela en fin, de quien se dice por algunos que es «la única »que ha llegado á constituirse entre nosotros;» mientras un

elocuente escritor, que tambien se sienta en esos bancos, la declara «disuelta» en la polémica de que antes hablé, sin duda para probarnos una vez más el armonismo que sus principios establecen y perpetúan. A esa escuela, que es una simple disidencia de Hegel, y como tal la menciona Wilm en su *Historia de la filosofía*, nos referimos; á esa escuela, simple incidente del movimiento filosófico alemán, donde nunca se le dió la menor importancia, por cuya razon «nos aisla del mundo sábio;» peregrina acusacion que acaba de dirigírsele en la *Revista Europea*, tambien á nombre de la armonía, acusándola al propio tiempo de que por disimular su verdadera fuente, el *panteismo*, palabra bárbara, segun Bournouf, nunca usada en Grecia ni en Roma, y sin equivalente en sanscrito ni en zend, ha inventado el *panentheismo*, que segun Erdman, encierra un pleonasma no ménos extravagante.

Decir que esa doctrina, tanto en el original como en las copias, es antipática á nuestra inteligencia, parece excusado toda vez que ni se imaginó para nosotros, ni entra en ella ningun elemento nacional, castizo, de abolengo español puro, sino que todo es exótico, germánico, nebuloso é inextricable; y de aquí sus formas abigarradas, que en sus libros mal llamados españoles, no tienen otro par que aquel arábigo romanceado de moriscos y judíos, que los tímpanos del castellano clásico desgarraba, por lo cual le llaman los escritores del tiempo *algarabia*. Otra negra página de nuestros anales literarios recuerda tambien y hasta la saciedad se ha dicho, aquella que tantos chistes inspiró á Quevedo y Lope, y tantos dislates y tonterías á los poetas menudos del siglo XVII; pero Dios nos libre de comparar el gongorismo del cisne de Córdoba, génio extraviado por su excesivo génio, con el *germanismo* insulso y sin sentido, que si algo tiene de nacional, son gotas de sangre hebráico-moruna, pues reconoce por padre á Spinoza, cuyo abolengo hispano-judío á algunos de nuestros compatriotas envanece. Del crudo ateísmo que formula este filósofo en su única sustancia, dotada de dos atributos infinitos, el infinito pensamiento y la infinita extension, pueden salir y salen de hecho todos los *transformismos* que tanto nos escandalizan hoy, al verlos llegar á su desenvolvimiento lógico, puesto que la sustancia única lo mismo

forma al hombre que á la bestia; pero sale principal y primeramente el pantheismo, que dice que todo es Dios, que todas las cosas sacan su existencia y su sustancia de Dios; y sale tambien por último, raquíico y enclenque como un hijo bastardo, el pleonástico panentheismo, que sostiene que todo está en Dios, creyendo con esta fórmula artificial argüir que no habla de esencia ni de sustancia, sofística distincion que á nadie seduce, porque en la palabra *todo* se presuponen las dos categorías, las dos determinaciones del pensamiento y muchas más. Si ahora añadimos la fórmula del Maestro, quedará un tanto claro el turbio concepto fundamental panentheista, para los que estén al corriente de su algarabía. Héla aquí: «Nocion de la esencia, »que nos capacita que todo es en Dios, bajo Dios y mediante »Dios.»

Aquí tenemos ya la prueba del afan de singularidad que aqueja al filosofismo, donde cada hombre medianamente pensador en cuanto alcanza alguna nombradía, quiere hacerse un sistema y formarse un Dios á su modo para sus particulares usos, ni más ni ménos que forma su libro letra por letra y hoja por hoja; quitando aquí, poniendo allá, con la cabeza en las manos y la imaginacion por las nubes. Es curiosa bajo este aspecto la recopilacion que hace Ahrens en el tomo II de su *Curso de Psicologia* de los conceptos de Dios que han expresado los filósofos modernos, Leibnitz, Kant, Schelling, Hegel y Krause; recopilacion por supuesto dirigida á exponer él su conformidad con la fórmula de este último filósofo, única que declara, como todos, verdadera. Así de vuelo en vuelo descarriada, ha venido la inteligencia á parar al punto de partida, al antropomorfismo, ideando tales y tantos conceptos de Dios, como el hombre primitivo pudo formárselos en la soledad de los bosques vírgenes. El antropomorfismo, segun cierto pensador moderno, á quien dejamos la responsabilidad de sus opiniones, es una tendencia natural, ingénita, á tal punto «que si los bueyes quisieran crearse un Dios, lo concebirian bajo la forma de un buey, y los leones bajo la forma de un leon, como los etíopes crean divinidades negras y los tracios les dan una fisonomía salvaje y ruda;» doctrina que, aunque rechazada en Grecia há veinte siglos por la escuela de Xenófanes, ha levantado en nues-

tro tiempo la cabeza, como tantos otros delirios ya olvidados. Basta á ponerla en ridículo esa comparacion burlesca de los animales, que los darwinistas más exagerados, la misma Clemencia Royer, rechazaría. En el hombre, según el escritor á quien vengo refiriéndome, obedece esa tendencia á la intuición del Ser Supremo, del Ser á quien sirve de reflejo acá en la tierra; confesión que haremos de buen grado para concluir, que en el estado de cultura que alcanza la sociedad, la tendencia antropomórfica de la filosofía moderna es una tendencia esencialmente retrógrada, puesto que pone al siglo XIX al nivel de los anteriores á Jesucristo.

Pero de todas las pretensiones de novedad é invención que la filosofía seudo-española abriga, ninguna tan vana y huera, ninguna tan destituida de fundamento como la que se refiere al lenguaje, que pretende haber purgado de los barbarismos escolásticos, cuando lo que ha hecho ha sido imitarlos y aun exagerarlos sin necesidad ni disculpa. Ella, tan enemiga de la teología y de las escuelas católicas, aunque lo contrario sostenga; ella, que ha encontrado ya á los idiomas en su plenitud, y concretándonos al nuestro, tan atildado y abundoso, tan lleno de elementos propios para la locución científica y para las más remontadas abstracciones, ella no tiene inconveniente en copiar los vicios del sistema que anatematiza, contradiciéndose una vez más y probando hasta en esto su falta de originalidad. Bárbara fué sin duda la tecnología de los escolásticos; pero no invención de la teología por cierto, que la usó con parsimonia, reconociendo sus abusos y reprendiéndoselos, si no de la jurisprudencia y la medicina, ciencias á quien no pone tilde la filosofía moderna, porque son sus ciegas auxiliares ó mejor aún sus esclavas. Si con verdad y justicia calificamos de bárbaro aquel lenguaje, ¿qué calificación merecerán los que muchos siglos después usan otro más bárbaro aún? Importa, sin embargo, advertir, que aquellos *términos categoremáticos* y *sincategoremáticos*, aquellas *quidditates* y *aliquitates*, aquellos *puntos copulantes* ó

terminantes del continuo, tenían muy alta significacion en la ciencia, si no en la gramática, según observó ya defendiendo la misma tesis un ilustre catedrático de Sevilla en 1866, y no pueden remotamente compararse con la terminología que usan los jergui-parlantes de nuestros días, ni ésta consiste solamente en palabras revesadas, como aquella, sino que pone su punto y su gloria en revesar la frase, el estilo y hasta el pensamiento; en sembrarlos de zarzales, en cubrirlos de marañas, pareciendo que viertan sobre el escrito, en vez de polvo, guijo y almen-drilla, para que se lea á tropezones, á descalabradura por palabra. Los Góngoras del filosofismo,—y perdone la comparacion el gran poeta cordobés de venerable memoria,—no adulteran el lenguaje por exuberancia de fantasía, como el cisne del Bétis, ni recogen tradiciones lingüísticas de un país meridional, donde ya el sobrino de Séneca por la pomposidad y la exageracion de las metáforas fué digno precursor de los poetas árabes; ni, como Góngora, descienden de la caballería de la Edad Media, que en sus libros por D. Quijote inmortalizados, acostumbró al pueblo español á los revesamientos del estilo, y á los truques y retruques del vocablo, conque solian hacer gallarda música y concepto alambicado, pero concepto al fin; que estos los usan á trompon y á salga lo que salga, unas veces para encubrir la vaciedad de sus pensamientos y otras su enormidad y peligrosa tendencia, que de ambas cosas hay ejemplos abundantes. En los siglos escolásticos que tanto se censuran, estaba el latín corrupto y el romance, como todas las lenguas, en mantillas, circunstancia que disculpa á los filósofos y aun á jurisconsultos y naturalistas, mientras ahora, que todas aquellas causas han desaparecido, ellos desbarran de oscuridad y extravagancia, y el escolasticismo resplandece maravilloso de claro y concreto. ¿Será que digan más los unos que los otros? ¿Será que penetren más hondo en los abismos de la metafísica? Al contrario. Comparemos al último gran pensador de la escuela tomista—último en la série de los tiempos—al P. Ceferino Gonzalez, obispo de Córdoba, con el maestro de los llamados filósofos de la germano-española.

DEL MAL.

(OBISPO DE CÓRDOBA.)

«La voluntad humana es de su naturaleza defectible, flexible en orden al bien y al mal, y libre y responsable en sus actos..... á Dios como provisor universal del mundo y especial del hombre, solo le corresponde dar á éste los medios y auxilios necesarios para obrar el bien moral, pero no el matar ni anular su libertad, imponiéndole la necesidad física de obrar el bien.... La santidad infinita de Dios excluye necesariamente todo pecado respecto del mismo Dios, es decir, la existencia en Dios del pecado y la volición directa y positiva del mismo; pero no se opone á la permission de su existencia en las criaturas.....»

(*Filosofía elemental*, Madrid, 1873.—Tomo II. Págs. 356 y 358.)

DEL MAL.

(KRAUSE.)

«.....el mal como la inmoralidad procede exclusivamente de la limitación de los seres finitos vivos..... de la falta ó uso defectuoso de la libertad finita..... respecto de Dios esto puede decirse, que el mal y la maldad en el sistema de la vida de los seres finitos, son producidos en Dios por una manera eterna, toda vez que Dios es la eterna causa de la finitud, y por consiguiente, de la finita circunscrita libertad de todos los seres finitos racionales.»

(*Lecciones sobre el sistema de la filosofía panteísta del alemán Krause*, por D. Juan M. Ortí y Lara.—Madrid, 1865, pág. 267.)

No os fijeis en las diferencias de doctrina, aunque saltan á los ojos, por ser la de Krause tan monstruosa como pura la del ilustre misionero filipino; fijaos únicamente en la frase, en el estilo, en la sencillez y claridad de los conceptos del uno y en lo intrincado y bárbaro del otro. ¿Cuál será más escolástico, el tomista ó el panteísta?

Apresúrome á decir que yo no niego á la metafísica ni á ninguna ciencia—¿quién sería tan insensato?—un lenguaje suyo propio, técnico, especial, oscuro, ó por decirlo mejor abstracto; un lenguaje cuya inteligencia exija prévia iniciación doctrinal, y que no esté al alcance del vulgo de las gentes, como no lo está la ciencia misma; que yo no defiando aquí los fueros del vulgo, para el cual no se han escrito jamás los libros de filosofía, lo que en el caso presente puede atribuirse á protección del cielo. Defiando la causa de los hombres ilustrados y principalmente de la juventud escolar, que en un año de matemáticas aprende á resolver problemas, y en igual espacio de tiempo no acertaría á pensar en castellano un pensamiento de Krause. Con ellos y para ellos, pregunto yo:—¿Es un tecnicismo científico el que tal escuela usa? He aquí la cuestión. ¿No necesitan los filósofos de otras escuelas para entender ese tecnicismo, ir haciendo en

la lectura un trabajo de traducción, semejante al del niño que deletrea, como lo probó Taine, á propósito de Maine de Biran, el más parecido, según él, á Krause de todos los filósofos? Los mismos escritores krausistas, cuando los sorprendemos en un arranque de sinceridad, ¿no confiesan que su tecnicismo es una ridícula jergonza? Tiberghien, propagandista infatigable de aquella doctrina, y el más inteligente de todos, para defender las extravagancias filosóficas del maestro, sin negarlas, por que sería negar la luz del día, hace en la pág. 51 de su libro *Enseignement et philosophie* la peregrina confesión de que «solo para los alemanes son ininteligibles aquellos neologismos, »que los extranjeros apenas si perciben,» cosa que está tan lejos de la verdad, como de lo que dicta el sentido común. ¡Que una innovación filosófica será más perceptible al nacional que al extranjero! ¡Estupenda anomalía! Mientras el extraño encuentra en la innovación violadas las leyes generales de aquel idioma, que por principios ha aprendido, el nacional comprende al golpe las leyes particulares que el innovador ha podido tener en cuenta, y considera las circunstancias y necesidades del momento que son atenuantes de su falta. Pero á fé que otro escritor famoso, alemán por añadidura, y no enemigo de Krause ni de su escuela, Zeller, en la *Historia de la filosofía*, confiesa á su vez costarle tanto trabajo entender el lenguaje krausista, como si fuera arábigo ó sanscrito, que es grande ponderación y para el argumento de Tiberghien, de remate. Más categórico todavía el francés Taine, acusa en su estilo humorístico al maestro de haber inventado sustantivos «de una legua» sin perjuicio de preferir su lenguaje al de Maine de Biran, filósofo que hacía *cardos metafísicos* en vez de oraciones. Y aquí nos sale al paso otra vez la decantada armonía de los sistemas armónicos, pues el mismo escritor español que ha alegado algunos de esos textos en un artículo de la *Revista Europea* de 15 de Agosto último, acaba por deducir de ellos que el estilo de Krause es de sobra inteligible, pero no aquende el Rhin, sino allende, ó sea para los alemanes puros; cuenta que ajustará con Zeller y con el activo profesor de la Universidad libre de Bruselas, cuyas opiniones, como acabamos de ver, son absolutamente contrarias.

Tráense por decontado, y para mayor contradicción esas citas,

en defensa de D. Julian Sanz del Rio, á quien se atribuye haber realizado, como hablista, una mision igual á la de Krause en Alemania, que fué limpiar al idioma de *impurezas* y de *influencias extrañas* librarlo. Para ello parece que se requeria, no sabemos por qué, exagerar la necesidad del tecnicismo. ¿Fué esto efectivamente lo que hizo Sanz, ó fué plagiar al maestro de un modo servil, aplicando sin ton ni son á nuestra lengua, que no lo necesitaba, el trabajo crítico que sobre la alemana atribuye Tiberghien á Krause?

En sus *Cartas inéditas á D. José de la Revilla*, que acaban de ver la luz, arrojándola muy clara sobre los errores científicos y las responsabilidades políticas de los hombres que han dirigido la Instruccion pública en España, asienta Sanz del Rio, entre las más curiosas contradicciones de estilo y concepto, que la edad de oro de nuestra lengua «estaba lejos de ser época de madurez» y perfeccion que nos deba servir de modelo en todo..... que se «desarrolló solo bajo un aspecto parcial (¿la edad ó la lengua?» «porque aquí se nos ha perdido el agente de la oracion), esto es, «como espresion del sentimiento y del carácter humano; mas no «bajo la relacion más íntima y fundamental suya, esto es, como «espresion del pensamiento y de la razon.» Si nosotros entendemos bien estas campanudas frases, parece que el sentimiento y el carácter son solo un aspecto parcial (del idioma) y manca por ello nuestra gran literatura. La humanidad para Sanz del Rio pierde su concepto absoluto, no sustantiva ya cuanto se refiere al hombre y á las colectividades, así en la esfera moral como en la material, y pasa á ser un tonto de capirote el que dijo aquello que hasta hoy ha corrido por sentencia.... *nihil humanum á me alienum puto*, teoría enteramente opuesta á todas las de Krause y del propio Sanz, como es notorio. En cuanto al sentimiento, cualidad baladí, no enaltece sino rebaja al escritor, máxime si siente con carácter humano, es decir, reflejando los sentimientos generales de la humanidad. Ved de qué suerte para Sanz del Rio el pensamiento viene á ser antítesis del sentimiento y del carácter humano, y ni en uno ni en otro cabe la razon, y cómo llegan á ser de todo en todo incompatibles, razon, sentimiento y humanidad. ¿Háse visto nunca tan extraño galimatías, ni tan fundamental contradiccion en un reformador humanitario? Un

sencillo ejemplo lo pondrá más claro. Cervantes, escritor humano por excelencia, tanto, que es regocijo y envidia de todas las naciones, para el autor de las *Cartas* era un loco de remate (sin razon), un mísero idiota (sin pensamiento). La sensibilidad exquisita de Santa Teresa, que hoy mismo hace crecer espinas en su yerto corazón depositado en Alba, para el filósofo es una cualidad negativa, máxime si todos los católicos simpatizan con ella, lo que le da un carácter eminentemente humano, es decir, incompleto, parcial, defectuoso.

Traduciendo sériamente lo que quiso y no supo decir el señor Sanz del Rio, brujulearémos entre sus frases nebulosas una acusación á nuestra lengua por no haberse prestado en el siglo de oro, y ménos hoy, á los desarrollos de la lucubración filosófica, por lo cual urge hacerla, segun él «precisa, clara, enteramente» distinta en sí, en sus elementos interiores, y coherente, rica, »llena de carácter y vida en sus modos, sus composiciones, sus »derivaciones, sus conjugaciones, etc., etc.» Traducida del alemán sin duda esta jerigonza, y para la lengua alemana escrita, demuestra que el Sr. Sanz no conocia el instrumento que manejaba, ó dicho en términos populares, pero gráficos, que no estaba el pandero en manos que lo supiesen tañer, pues como si desconociese el valor de las palabras, acusa á nuestro castellano de oscuro, cuando es clarísimo; de incoherente, cuando es concreto; de pobre, cuando es rico; de falta de carácter y vida en sus modos, composiciones, etc., cuando se puede asegurar que él mismo no sabia cómo y por qué medios se revela en los idiomas el carácter y la vida, ni por qué usaba estos términos en vez de otros cualesquiera. Pero aceptando tambien esta vez su terminología, concluiremos que anuncia el propósito de reformar esta pobre lengua castellana para que sea digna de sus altos pensamientos filosóficos, y vamos á examinar primero el modelo que le embelesaba, el que á la imitación de los españoles ofrecia, para oír despues cómo suena en las propias manos del Sr. Sanz, el desclavijado instrumento que usó la turba multa de los Cervantes y Mendozas, los Saavedras y Solises.

Pese á nuestra resolucion firmísima de no meternos por el campo del donoso Académico antes aludido, acontécenos al elegir textos para prueba de nuestra tésis, algo de lo que acontecia al ilustre Sancho Panza con el no ménos ilustre doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que apenas si hay bocado en esta olla podrida del filosofismo de quien el buen gusto literario, doblando la hoja, no nos grite:—«Vuesamerced no coma de aquellos conejos »guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella »ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar; »pero no hay para qué..... (mande) quitar el plato de la fruta por »ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar..... »por ser demasiado caliente, y tener muchas especias.....» Tapándonos los oídos, y pidiendo á Dios que ponga tiento en nuestras manos, hagamos rebusco «en este platonazo, que está aquí »delante vahando,» de «los cañutillos de suplicaciones y las taja- »das sutiles» que Tirteafuera consentia al Sr. Gobernador de la Barataria. Veamos cómo expone el maestro uno de sus principios fundamentales:

«Si el espíritu finito ha de conocer el principio infinito de la »ciencia, este conocimiento ha de ser obra suya, y en su misma »conciencia debe hallarse la alta conciencia de este principio.»

¿No os trae, señores, este párrafo á la memoria «la razon de »la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon »enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra hermosura?» Pero demos de mano y por esta vez á las reminiscencias qui-jotescas, aunque ellas de suyo y por su mismo pié se nos metan retozando por las puertas de la memoria, y vamos á ver qué hay de profundo y exacto en esa tésis, que suena al oído como un caldero que sube golpeando por el cañon de un pozo, frase felicísima que D. Juan Nicasio Gallego dirigió á un poeta meleonudo, que sus versos le consultaba. Lo que hay de gramatical, ya lo habeis visto; una *obra suya*, que brama de ser relativa y de ser perogrullada. Completemos el prolegómeno alemanesco.

«Si no se encontrára en la conciencia (prosigue Krause) el »conocimiento del principio infinito, éste no existiria para ella, »no habria ciencia. Si pues el espíritu se halla en sí mismo »como cosa cierta, debe explorar dentro de sí mismo todo lo que

»es y todo lo que encuentra en sí; tiene por lo tanto que observar su conocer y su pensar, y haciendo todo esto será hallado el conocimiento del principio absoluto en su debido tiempo y lugar en la série de observaciones que hace el espíritu dentro de sí mismo. En consecuencia de esto el espíritu finito sale de sí mismo en la conciencia ordinaria, se dilata fuera de sí mismo en la consideracion de todo lo finito, que hay á su lado y fuera de sí; inquiere el modo como aprehende la naturaleza y otros espíritus finitos en su conciencia; levántase de la vista de lo finito determinado al pensamiento de ser infinito y absoluto, ó sea al conocimiento y reconocimiento del principio.»

Pues él se levanta, señores, sentémonos á descansar nosotros, considerando de paso la negrura del abismo en que hemos caído. No sé si acierte á traduciros en lenguaje inteligible lo que quiso decir Krause en ese párrafo, que es por cierto de los más fundamentales de su exposicion doctrinal. Se trata nada ménos que de las fuentes del conocimiento de Dios, bien que ese Dios sea una abstraccion filosófica, puramente subjetiva, puesto que lo pone *el yo*, *evolucionando* sobre sí mismo y fuera de sí mismo, como un titiritero que hace el molinete sobre las tablas de un teatro. Para llegar á la intuicion de lo absoluto, el hombre, ó sea *el yo individual*, como dice Fichte, padre del *egotismo*, empieza por contemplarse á sí propio, por ponerse, que el *yo* en estas hipótesis es el espíritu, el pensamiento indeterminado é informe, el ente de la antigua filosofía; despues de lo cual, el hombre pone el *no yo*, que encierra, segun el crítico más profundo de cuantos han analizado esta doctrina, «todas las existencias reales y posibles, visibles é invisibles, espirituales y materiales, lo temporal y lo eterno.» El *yo*, pues, es «primera certeza subjetiva, segun Krause en otro lugar más claro, de donde gradualmente se llega al conocimiento del principio.» Si no se llegára á ese conocimiento, ya lo habeis oído, no habria principio, es decir, no habria ciencia, ni habria Dios; de suerte que los faltos de entendimiento á quien nada se les alcanza de entrarse y salirse en su conciencia filosófica, deben renunciar á Dios por los siglos de los siglos. Mal año para la doctrina católica, que dice:—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos,» y mal año para el venerable Kempis, que exclama á cada momento con la profunda sencillez

conque resuelve todos los problemas de la conciencia religiosa: —«Hijo, no puedes poseer la libertad perfecta, si no te niegas »del todo á tí mismo..... déjate á tí y hallarme has á mí.»

Si fuera original el concepto panteístico que la fórmula de Krause envuelve, tendria tambien algo de original su desarrollo; pero ni aun eso tiene en puridad, pues Jordano Bruno, Spinoza, Schelmann, y otros escritores independientes cuando no adversarios del catolicismo, profesan esta intuicion de lo absoluto, suponiendo que todas las cosas finitas son modos ó determinaciones de la existencia de ese absoluto; con que hacen del espíritu, del pensamiento, del hombre, en una palabra, un yo trascendental, formado por la conciencia científica, donde encuentra Krause al fin, por una série de evoluciones, que segun él nada tienen de arbitrario, el conocimiento del principio, lo absoluto, lo eternamente generador, es decir, Dios, que está por consiguiente en el hombre, como el hombre está en Dios. Veamos ahora cómo ha desarrollado el escolasticismo el concepto análogo de la filosofía católica, y veámoslo en un escritor cualquiera de los finales del gran siglo, para mejor prueba de que nuestro idioma no necesita envolverse en nubes ni hacer giros vertiginosos, para remontarse á las más abstractas especulaciones. Sea, pues, el texto de un fraile oscuro, fray Juan de los Angeles, que en sus *Triumphos del Amor de Dios*, impresos en Medina del Campo en 1590, dice á este mismo propósito lo siguiente (fól. 213):

«Dios está en todas las cosas con una general existencia, »segun tres géneros de causas, eficiente, apropiada á la presencia, y final apropiada á la esencia. Contra la infinidad de la »potencia nada vale. Por limpieza de la divina presencia ninguna cosa se esconde; fuera de la inmensidad de la divina »esencia ningun ser hay creado ni creable. De esta manera está »Dios en cualquiera criatura sensible ó insensible, corporal ó »espiritual. Y si aun por imposible se diese que las criaturas no »dependieran de Dios en ningun género de causa, Él es tan »grande que por su inmensidad se diria estar en todas ellas, por- »que ni ellas estarian sin Dios que las penetra, ni Dios sin ellas, »pues las abraza.»

No necesitó por cierto este humilde fraile de la provincia de San José, para expresar el profundo concepto de la penetracion

de Dios en la humanidad, aquel entrarse dentro y salirse fuera de sí mismo que usa Krause, aquella consideracion de todo lo finito, aquel aprehender en su conciencia á la naturaleza y á los espíritus finitos, que envuelve contradiccion con la doctrina ordinaria panteística, y prueba irrecusablemente que fué el ponderado maestro alemán desconocedor del arte de pensar y del valor filosófico de las palabras, pues no sabia hacer la luz en las tinieblas caóticas de su inteligencia. Ya previó San Buenaventura el caso, añadiendo al texto que citamos anteriormente:— «No puede concebirse sino lo que se entiende; luego lo que »sobrepaja á nuestro entendimiento no podrá declararse con »palabras.»

Su metafísica pura no es ménos extravagante que la que mezcla con la teodicea, ni le inspira frases más inteligibles.

«El *yo* consta de espíritu y cuerpo como hombre; él se »encuentra como permaneciendo y también como mudándose, »esto es, como no *temporal, perpétuo, subsistente*..... Yo me »encuentro como un todo, mismo yo, y me distingo como todo »yo de mí mismo en cuanto soy en mí y bajo mi cuerpo, y en »esta distincion me nombro espíritu. Yo, como todo yo, distinto »del cuerpo, soy el *espíritu*. El cuerpo es un apéndice unido en »esencia á mí como espíritu.»

Todas las luces que ha producido la invencion del gas en el siglo XIX no serian bastantes para penetrar en esta catacumba de estilo, donde está enterrada la inteligencia ménos original y más estrambótica que haya revuelto nunca el mundo intelectual. La distincion que hace entre el espíritu y la materia, descuartizando el yo suprasensible del germanismo, es tan vulgar y macarrónica, sale tanto de los límites racionales, que sólo en una obra clásica de delirios filosóficos se le encuentra símil, y aun allí por su lenguaje castizo y á las veces galano agrada tanto como en Krause repugna.

«La esencia del animal es sér viviente y senciente,» (dice el reverendísimo P. Fr. Antonio de Fuentelapeña, discurrendo sobre la materia de que están formados los duendes, en su famoso libro *El ente dilucidado*, que todos habreis leído como yo, en vuestras horas de esplin; pues de mí juro que me divierte casi tanto como el *Quijote*.) «Luego si estos duendes son vivien-

»tes y sensitivos, síguese por consecuencia forzosa que sean
 »animales..... Ni obsta contra esto el decir que el acto vital debe
 »ser inmanente: *sed sic est*, que la produccion de la presencia
 »puede ser *ab extrinseco* y por consiguiente transeunte. Luego
 »el movimiento progresivo no es vital, á lo ménos formalmen-
 »te.....» «Que sean tambien sensitivos se prueba así. Lo primero
 »porque dichos duendes juegan á los bolos, cuentan dineros,
 »trenzan las clines de los caballos, y se aficionan á estos y á los
 »niños... luego dichos duendes tienen ánima sensitiva, etc., etc.»

Y más adelante escribe estas palabras, que son de perlas para nuestro retrato del *yo*, todo yo y mismo yo, que se encuentra, que se muda y que tiené el cuerpo por apéndice, á manera de soneto con estrambote:... «estos duendes no se producen por
 »creacion, ni por natural dimanacion, sino por educion, y...
 »esta educion no se hace por verdadera generacion de vivien-
 »tes... luego *de primo ad ultimum* solo resta que se produzcan
 »por corrupcion... no hay otro misto más á propósito... (que)
 »tampoco es producida dicha forma duendina por dimanacion
 »simple de la materia, pues lo que dimana de otro es propiedad
 »suya....» Ahora comprenderán los aficionados á libros viejos la escasez que vamos padeciendo en España de este *Ente dilucidado*, ente extravagante sobre todos los entes, así como las voces que más de una vez han corrido en nuestro comercio de anti-guallas de hacerse activo rebusco de ejemplares para llevarlos á Alemania y otros pueblos de la culta Europa, que están á cie-gas copiando los delirios de nuestros más decadentes escritores. Igual acontece con la obra del médico Juan Huarte, *Exámen de ingénios para las ciencias*, y ni una cosa ni otra deben de asom-brarnos, que el primero trata de resolver por la existencia de los duendes muchas cuestiones directamente enlazadas con lo que hoy se llama espiritismo, como el golpear de las mesas y bancos, las voces invisibles, el cosquilleo, los fenómenos mag-néticos, etc., etc., y la segunda es fuente inagotable de materia-lismo, dado que trata principalmente de la potencia humana para formar y aun reformar la materia á su albedrio, engen-drando los hijos á voluntad de las partes y otras cosas no ménos peregrinas, que el respeto á las damas impide esclarecer en este sitio.

Mas no se piense que á Huarte ni al P. Fuentelapeña les haga yo por esto la injusticia de compararlos con el escritor alemán, entendimiento revesado, imaginacion pobrísima, que ni siquiera en el campo de las utopias, campo sin embarazos ni límites, donde el más vulgar escritor suele sentirse poseido de inspiracion y potencia sobrenaturales, ve las suyas acrecerse, antes anonadarse y menguar hasta el raquitismo. Apuntó las causas él propio que hacen más libre y ancho el terreno de las utopias, diciendo que la idea en segundo estado se convierte en ideal, donde toma formas y direcciones ejemplares; especie mucho mejor y más claramente expresada por el antiguo moralista Montaigne, que á la imaginacion en período álgido la apellida *la loca de la casa*, y extremadamente mejor aún por nuestro D. Quijote, en aquel admirable coloquio que pasó con Sancho en las entrañas de Sierra Morena, cuando veia «lugares tan acomodados para semejantes efectos,» que eran «dar zapatetas en el aire y tumbos cabeza abajo.» Pues ni aun allí en su Sierra Morena alcanza Krause la palma de un mediano imitador, como certifica su *Ideal de la humanidad*, obra grandemente ponderada y conocida en España por haberla vuelto en nuestro idioma, con adobos y corolarios de su cosecha, el mismo Sr. Sanz, presunto reformador de nuestro tecnicismo filosófico; obra con harta razon puesta en el *Indice romano*, que acaso por lo mismo se nos quiere presentar á toda hora como dechado «de puro y levantado espíritu,» como Biblia de los racionalistas modernos, como clave de las soluciones políticas y sociales que nos guarda la Providencia en lo porvenir. Impotente y desahuciado andaria el moderno racionalismo, si todos sus hijos fueran tan enclenques y de mal ver como el *Ideal de la humanidad para la vida*. Ni bajo el aspecto filosófico, ni bajo el literario, ni siquiera por su armazon interna, puede compararse con las grande utopias que soñó el génio de la antigüedad clásica, ni con las medianas que abortó el Renacimiento, ni siquiera con las de la escuela de Saint-Simon y Owen, que han producido la horrible exageracion comunista, cuyos ensayos en París y Cartagena han escandalizado al mundo. Y eso que á todas las pone él á contribucion, principalmente á las últimas, y todas han podido servirle de modelo, que ayuda no poco á un mediano lite-

rato el andar en compañía de hombres superiores, bebiéndoles los pensamientos y hasta las palabras.

Sin perjuicio de hacer en otro lugar breve análisis de la obra, que no cabe en éste ni á mi propósito conduce (1), recordad que es en suma, y el mismo autor nos lo dice, «plan, proyecto, ó reglas para la perfeccion de la humanidad,» cuyas instituciones y estados actuales va examinando uno tras otro en repetidas, inextricables y ampulosas disquisiciones. ¡Qué pretension tan descabellada la del título sintético! ¡Qué pretensiosos los particulares y relativos de las secciones en que el libro se divide! Necesitaria responder á ellos con tanta exactitud como la *Imitacion de Cristo* para quedar á buenas con la lógica, y en cambio nos conduce á tropezones por escabrosos atajos y oscuros caminos, á una especie de Atlántida ó Ciudad del Sol, que llamaria yo más

(1) Por no causar á nuestros oyentes vértigo, renunciamos á convencerles en un cuarto de hora de lo absurdo de una doctrina que tales escritos produce, amontonando testos y citas, es decir, logogrifos y charadas; con lo que á par creceria demasiado el discurso, pues tendríamos que entrar en observaciones impropias de esta ocasion, que hay puntos que no puede tocar un escritor de conciencia sin ponerles el debido correctivo. A fin de que no se crea, sin embargo, que los párrafos copiados arriba están elegidos exprofeso, y deliberadamente para acusar á la doctrina de oscuridad y á sus expositores de torpeza literaria, copiaré aquí algunas cuartillas de mis primeros apuntes, con las ligerísimas notas ó más bien llamadas, que les tenia puestas. Casi todas se refieren al estilo y á la gramática.

«Yo afirmo que nosotros *guardamos* en nuestro interior el *pensamiento* de una más alta *esencia*, la cual está sobre Razon, Naturaleza y Humanidad. Yo puedo esto demostrarlo *por muchos lados*; pero solo quiero servirme para este intento del concepto de fundamento y causa.»

(Guardar *pensamientos* y de una *esencia*. Demostrar *por lados*.)

«Debemos elevarnos al pensamiento de un sér en el que así la Naturaleza como la Razon estén contenidas, de un sér por cuyo medio, es decir, conforme á la esencia del cual, estos dos séres sean determinados; de un sér que sea tambien el fundamento de la union de ambos, segun cuya union el Espíritu y la Naturaleza son la Humanidad.»

(¡Y luego se maravillan los incrédulos de que la Santísima Trinidad sea incomprendible! Hé aquí la Trinidad panteística... ¿quién la comprende?)

«En tanto pues que pensamos á Dios como Sér idéntico, *fuera del cual nada es*, pensamos á Dios como absoluto. Finito empero es aquel todo que es y en tanto que es una parte y por consiguiente limitado; por donde solo puede llamarse infinito aquel todo que en ningun respecto es parte, por lo cual no tiene límite en sí ni por sí.»

bien, remedando el título de la obra maestra de Jordano Bruno, *Establo de la bestia triunfante*, donde deben asociarse en «union jurídica y política» los pueblos de la vieja Europa, ya casi regenerados hoy por sus doctrinas, que así lo dice implícitamente, con los de América, que formarán, allende del Atlántico, «un coordinado» estado superior político «y asociándose Asia y Africa á su tiempo,» sellarán «una definitiva alianza en el mar de las islas.» ¡Juro á Dios trino y uno que no será mal geógrafo el que de tal barajamiento geográfico deduzca fijamente la posición de esas islas, que poblarán los Robinsones del porvenir, allende ó aquende, entre América y Europa, ó entre Asia y Africa, donde los mares y las islas son tan fáciles de contar como las estrellas del cielo!

Bien veis, señores, por ese brevísimo resúmen, que no es la

(Lo que es parte no es todo, y lo que es todo no es parte. Lo finito, limitado, y lo infinito no tiene límites... Verdades de Pero Grullo. Dios el sér idéntico, fuera del cual nada es. ¿Ha querido decir que todo lo abraza? Pues si no, ¿qué entiende por identidad este filósofo? Según el primer *Diccionario* de la Academia, llamado de autoridades por la mucha que tiene, y porque aplica á cada palabra ejemplos de los escritores clásicos que la han usado mejor, *identidad* «es razon, en virtud de la cual son una misma cosa «en la realidad las que parecen distintas.» No puede pues entrar sino en oraciones comparativas, y por consiguiente decir que Dios es *idéntico*, omitiendo á quién ó á qué, es dejarlo colgado y en el aire por no saber gramática. La doctrina, más absurda aún.)

«Por medio de los pensamientos finitos en parte negativos de los séres determinados del mundo, nada viene negado de Dios; y así, aunque Dios en sí, bajo sí, y mediante sí es los séres del mundo, de ninguna manera es pensado como finito en ningun concepto. Pues los séres del mundo son justamente mirados como siendo en-bajo-mediante Dios; y así todo lo que cada sér del mundo es, como también lo que cada sér del mundo no es, es afirmado y por consiguiente no negado en Dios y respecto de Dios. Pues aquello que un sér del mundo no es, eso justamente lo es el otro opuesto á él. Lo que el espíritu no es, lo que por consiguiente debe ser negado de él, eso es justamente lo opuesto á él, la naturaleza de la cual es afirmado; y lo que la naturaleza no es, lo que deba por tanto negarse de ella, es la razon, el espíritu, y debe ser atribuido al espíritu. Por consiguiente, lo que se afirma de la naturaleza debe negarse de la razon, mas lo que se afirma de Razon y Naturaleza no puede negarse de Dios, que es en sí ambos, Naturaleza y Razon; sino que todo es positivo en Dios, respecto de Dios.»

(La oposicion entre lo relativo y lo absoluto no puede expresarse de una manera más antigramatical. «Lo opuesto al espíritu es la naturaleza de la cual es afirmado.» Un escritor mediano diria: «Opuesto al espíritu es aquello que á las cosas materiales se refiere, aquello justamente, etc.» y debe repetir el relativo, porque *aquello* no es *eso*, ni puede serlo, mientras haya un libro que se llama gramática. Los séres mirados en-bajo-mediante Dios, recuerdan los conocidos versos:

originalidad el distintivo de Krause, pues cuatrocientos años antes de Jesucristo soñó Platon su *Atlántida* en el mar y mar de las islas, como todos los mares, aunque con más pericia geográfica y sentido literario, pues en pleno siglo XIX ha podido visitarla y describir su fantástica posición submarina un viajero de novela; y en el mar, y por consiguiente en mar de las islas, colocó también Harrington su *Oceana*, y Bacon su *Nueva Atlántida*, y Fenelon su *Isla de los placeres*; sin que mentemos otras muchas asociaciones de pueblos regenerados, ángeles y querubines filosóficos, que también pudo Krause tener presentes; asociaciones anfibias, por decirlo así, terrestres y marítimas á un tiempo y hasta etéreas, como la *Ciudad del Sol* y *La Monarquía del Mesías*, de Campanella, la *Utopía*, de Tomás Moro, la *Tierra de paz ó la Casa del amor*, de Nicolás de Munster, el

Ni me entiendes, ni te entiendo,
pues cádate que soy culto.

Respecto al sentido ó concepto, bien dice su docto comentarista Orti:—
«El dios de Krause es fuerza é inercia, espíritu y cuerpo, mineral y vivientes, es ave y cuadrúpedo, mar y continente, tierra y cielo, hombre y demonio, y en suma, según la expresión admirable de Bossuet, todas las cosas son aquí Dios, ménos Dios mismo.»

«Dios es en sí mismo lo determinado, lo opuesto, en cuanto es en-bajo-mediante si el mundo todo, esto es, en cuanto contiene el organismo total de los seres y de las esencias.»

(*Determinado, opuesto*, palabras que braman de verse juntas, porque la primera implica afirmación, y la segunda no hay que decir lo que implica. Contener el organismo total de las esencias, pase en sentido figurado, que no es poco pasar, porque las esencias son inorgánicas; pero conste que Krause quiso decir *conjunto*, y no encontró la palabra. Contener el organismo de los seres, es más que herejía, más que panteísmo, pues nos hace pensar á Dios con órganos de hombre, de bruto, de reptil, de ave, de pez, de piedra, de mineral, de vegetal, de todo en fin lo que vive y palpita en la creación: un inmenso conjunto de materia cósmica omniforme. ¿Quién había de decirle al zumbón impío, que hizo látigo de sus venganzas políticas aquel epigrama de Moratin, arreglándolo á su manera:

—«¡Lo que somos! ¡lo que somos!
dijo el diputado Búrgos,
contemplando atentamente
la calavera de un burro.»

¿quién había de decirle, que por aquel entonces se estaba inventando un sistema filosófico, según el cual, lo que el diputado sentía ante la asnal calavera era una visión beatífica? Todavía lo dice Krause más claro en otro lugar:—«Fuera del Sér infinito, no puede ser pensada ni aun la cosa más mínima.» ¿Cómo dudar que esté en Dios también el *mínimo* asno de la calavera?



Triumphus crucis, de Savonarola, *La Basiliada*, de Morelly, y en los mismos días de Krause, á poco más ó ménos, pues él murió en 1832, la *Nueva armonía*, de Roberto Owen, y el *Nuevo mundo industrial*, de Cárlos Fourier, que son indudablemente los dos modelos que más se propuso eclipsar.

Que los eclipsó en efecto por el estilo y por la extravagancia de la forma, no hay manera de negarlo, pues Owen y Fourier eran verdaderos escritores, que sabían decir lo que pensaban y darse á entender de doctos é indoctos cuando querían, cosa que parece á Krause vedada por la naturaleza. Bajo este aspecto su único rival en el mundo literario, más aún que Maine de Biran, diga lo que quiera el autor de *Les philosophes français au XIX^e siecle* (Taine) ha sido el sansimoniano Enfantin, aquel hombre que desarrollaba á Platon á través de Descartes y Leib-

(Él nos perdone tan horribles chanzas, y para que nuestros oyentes padean buen lenguaje castellano, despues de esa jerga insípida, concluiremos copiando frases análogas del Comendador griego, en su comentario á la copla 128 de las *Trescientas* de Juan de Mena:—«Confesó haber un Dios, el »cual es una mente incorpórea, que derramada y estendida por todas las »cosas de naturaleza, da sentido de una vida á todas las animallas.») Edicion de Amberes, por Juan Steelsio, M.DLII, en 8.^o

Bastan estas muestras á nuestro propósito, puramente literario y gramatical. Los que quieran apreciar mejor lo absurdo y herético de la doctrina krausista consulten las notables *Lecciones* que dió sobre ella en la *Armonía*, Sociedad literario-católica, el Sr. D. Juan Manuel Ortí Lara, impresas en un tomo, por Tejado (1869), que ha sido para nosotros guia seguro é inestimable. Media docena de libros como el del Sr. Ortí, oportunamente publicados, hubieran impedido la perversion de una gran parte de la juventud, y á España muchos dias de luto.

Debo tambien completar aquí otras indicaciones, que en el texto no tienen lugar, porque producirían en el auditorio *delirium tremens*. Examinaré ahora lo más brevemente posible la obra maestra de Krause en concepto de sus sectarios españoles, *El ideal de la humanidad para la vida*. Ya hemos visto arriba cuántos y cuán buenos modelos pudo imitar: de consiguiente todo lo que le falte de originalidad, debe de perfeccion literaria exigirsele.

Desde luego en el prólogo el discípulo Sanz contradice al maestro, asegurando que resta algo que hacer á la filosofía «para acercarse á la vida y »penetrar en ella,» mientras Krause dice en varios lugares con tono de sibila:—«El tiempo del fruto está aún lejos; pero el tiempo de la flor ha llegado ya,» si bien no asegura la realizacion de su profecía, porque vive »en un tiempo cerrado y no puede anticipar la realidad histórica;» pero «lo anuncia la historia que vamos haciendo, si vale decir por nuestra cuenta »y riesgo.» (¡Válgate Dios por historia! ¿Si querría que la hiciéramos por procurador?) Tambien explica el Sr. Sanz los retazos y pegotes que á la obra alemana puso, por la necesidad de «desacostumbrar á nuestros pueblos »de la morral sevil de la obediencia pasiva,» y por una razon suprema que

nitz; aquel hombre, que llamaba á Dios «verbo infinitesimal, que »se resuelve en palabras en el arte, y fuera del arte en símbolos.» ¡Qué solfa tan extraña resultaría, si en cuadro sinóptico se comparasen los estilos de estos escritores, agregándoles algo del sistema pasional de Fourier, como por ejemplo, aquel que en el *Nuevo mundo industrial* alega de los magníficos resultados que su doctrina produciría, aplicada al cultivo de los perales por una *série* de peraleros, aliados de los cereceros, rivalizando con los cultivadores de manzanas, en el edem de un falansterio! Pero á nosotros lo que nos importa es examinar los frutos de la de Krause, que más que peral es guadapero, plantado en el campo de la literatura española.

expone de este modo:—«Las antiguas costumbres formadas al abrigo del »sentimiento creyente y la tradicion, se alejan cada dia,» (¡costumbres que se alejan!), sin que las nuevas «se hayan afirmado.... siendo gran dicha que »haya tomado la conciencia social la salvaguardia (¡tomar la salvaguardia! »como quien dice: cojer la batería) de lo que resta aún de sentido y hábito »moral en los pueblos más cultos.»

Rehacer, pues, este mundo de los logogrifos, que segun el discípulo está perdido, y segun el maestro á punto de ganarse, es el ideal que el libro se propone. Empieza estableciendo el desacuerdo en que nos hallamos los mortales, «entre lo que la idea exige y nuestro hecho histórico,» invocacion mística que parece referirse al pecado de Adan; pero no es eso. Es «que río »satisfacemos en nuestras relaciones sociales á nuestro fin total humano interior ni exterior,» que no hallamos «una ley armónica humana... en que se »reanude la marcha de la vida individual y social, pasada y presente.»

—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y tanto que lo entiendo.—Mientes, Fabio,
que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Ya pareció la armonía de los escritores socialistas, la armonía de Fourier y Saint-Simon, que se convierte al fin y al cabo en música celestial... de tiros. Vengamos, pues, á que la armonía humana ó de todos los séres en la humanidad es la panacea que Krause busca tambien para este mundo, medicina por cierto nada nueva, que ya la entrevió Platon en su libro de *Las leyes*, donde dice que el hombre es el único ser que tiene el sentido de la armonía; pero debió añadir, que lo tiene como ciertos perros el olfato, que *laten* la caza á media legua, y la dejan escapar entre los pies. En su afán de emplear frases campanudas, el filósofo aleman califica este sentimiento de la armonía, como «anterior á toda historia y vencedor de todo »límite geográfico,» lo que quiere decir que lo mismo se encuentra en el pisaverde de la Puerta del Sol que en el salvaje de la Patagonia, y para probarnos su universalidad alega perogrulladas, como que «en ninguna parte se »encuentra un partido contrario á la humanidad.» Con esta ocasion, indudablemente oportunísima, expone una teoría de los partidos, que viene como anillo al dedo, subrayando palabras vulgares para hacernos creer que en-

En punto á innovaciones y reformas del órden intelectual, suelen ir los discípulos mucho más lejos que los maestros, así por el afán de singularizarse y tomar pronto en la escuela puesto aventajado, como por la ingénita propension de toda copia á eclipsar las calidades de su modelo. Mayormente en filosofía, y filosofía panteística, que es la que predomina en Europa desde los tiempos de Descartes, hallándose hoy, quizás por fortuna, á punto de ser derrotada por sus legítimos hijos, el materialismo y el positivismo, constante castigo que da la Providencia al error humano; mayormente en filosofía, se observa invariable esta ley de las exageraciones. Cuando se aparta de la suma verdad, pronto la envuelven tinieblas, y más á cada paso se descarría. Ni hemos de olvidar tampoco que la inspiracion intelectual bebida en extranjeras fuentes hace con sus productos

cierran conceptos recónditos y eminentes. Segun él, puede haber «partidos» políticos, científicos ó religiosos,» insigne descubrimiento sin duda alguna. Mayor novedad hubiera tenido si nos describiese partidos sin política, sin ciencia y sin religion, como los hemos visto por desgracia nacer de los diversos filosóficos de nuestro siglo.

Y aquí empieza á pintarnos el estado presente del mundo, que es en verdad un galimatías, imágen fiel de su cap. VIII, á que nos referimos; y ésto tal, en su concepto, porque hay pocas *Uniones (sic)* y no forma todavia la humanidad «un reino y sociedad cerrada en sí y toda interior,» (no se atreve á llamarla federacion, falansterio, ni *Commune*; pero nosotros, ya prácticos en el asunto, podemos llamarla Paris, Alcoy ó Cartagena), con lo que se conseguiria «su entera humanizacion.» Son deliciosos los detalles de esta pintura, que llevan el retumbante rótulo: *La humanidad abraza en la historia sus sociedades interiores*. Ello será malísimo lenguaje, impropio, chabacano; pero en cambio es nuevo, porque nadie sabia hasta que nació Krause, que la humanidad es para los filósofos compendio y resumen de todas las cosas que al hombre se refieren, sin perjuicio de ser no muy propio el vocablo, y su sentido más material que espiritual.

«El Estado-Europa» le parece inferior al «Estado y reino político» que él sueña, porque no comprende «bajo ley y autoridad ciertas, partes mayores» de la tierra, hasta llegar en la historia definitiva á un estado y reino político «terreno que abrace en ley y derecho todos los anteriores.» Hé aquí á los reformadores liberales, á los visionarios del socialismo y del comunismo armónico, plagiando vergonzosamente á los tiranos y Césares antiguos, de quien maldicen en sus catilinarias, porque aspiraron á la monarquía universal, ni más ni ménos que ellos aspiran hoy á una república universal, con una religion universal, y una ciencia y un arte universales, porque esperan que en ese monstruoso falansterio serian los filósofos reyes y pontífices, realizándose el cándido sueño de Platon, que convertiria al mundo en inhabitable manicomio. Para mayor novedad en la idea y en la exposicion, llama Krause á ese Estado un «Estado mayor.» No se dirá que al nombre le falte poesía ni elegancia. Con ésto, y con decirnos que este Estado mayor no absorbe ni perjudica á los Estados menores, pura y simplemente porque él inventa una palabra, que no es absorcion, ni perjuicio, sino *involucion*, y

verdadero acto de aclimatacion, como aquel que sufre una planta exótica, cuando la traemos á absorber jugos y respirar brisas contrarias al medio atmosférico en que ha nacido. En todos los tiempos y países la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, tejen su historia con interminable série de estas evoluciones, que por ser de todos vosotros conocidas escusan encarecimiento. La misma planta humana, en su traslacion á otras latitudes, adquiere nuevas ó modifica sus antiguas condiciones fisiológicas.

Cuando tales mudanzas y trasplantes no los produce la necesidad imperiosa de llenar fines instintivos de la vida social, como acontece en las conquistas de los pueblos, sino que son hijas de un mayor desarrollo del espíritu, de la tendencia á la dilatacion y esparcimiento por las esferas morales que al alma humana

con ofrecernos tambien su tantico de paz universal, manía universal, que Kant ha puesto de moda, cierra la introduccion del libro, á la cual siguen unas *Ideas preliminares*, en parrafitos cortos, con números arábigos distinguidos, bajo esta rotulata: *El hombre y la humanidad*. Nada más estrambótico. Entre las cosas que el hombre debe ser y hacer, cosas que reza admirablemente nuestro Catecismo, pone Krause estas: «mostrar la armonía de la vida universal en bella forma...» reunirse «en esferas mayores humanas, para formar (con otros) un superior hombre y vida... entero y de todos lados armónico.» De suerte, que el que desafina ó pierde el compás por la izquierda, por la derecha ó por el frente, el que no hace las cosas en bella forma, queda echado del Paraiso krausiano por incompatible con la superioridad y entereza de la vida universal. Lo mismo pueden y deben hacer «las naciones, los pueblos y las uniones de pueblos,» ó sean los Estados mayores y menores, que en monton y arrebujados constituyen la *Sociedad fundamental humana*, sociedad que se resuelve toda en «amor y paz y publicidad de obrar.» (Allí por lo visto se hace todo al aire libre.) Un pensamiento profundo, que merece recogerse por lo nuevo, nos sale al paso. La *Sociedad fundamental humana* no repudia nada de lo que «ha sido bellamente cumplido en la historia, en el Estado y la Iglesia, en la ciencia y el arte,» antes aspira á reproducirlo otra vez, segun «el espíritu de nuestro siglo.» ¡Qué garantía para los hombres reaccionarios! Tendrán una antigüedad á la moda, una Edad Media á la moda, monjes y caballeros andantes á la moda, Nerones y Recaredos, y Felipe segundos y hasta una Inquisicion fundamental-universal-humana, aderezada con arreglo al último figurin. ¿Se piensa que exageramos? Pues Krause ve anuncios del tiempo de la fruta madura en «los misterios de los pueblos primitivos, indios, chinos, egipcios, griegos, en la doctrina y la sociedad de Pitágoras y de los Esenios, en la ciencia y la vida de Sócrates y Platon (y) en las sociedades de caballeros y corporaciones en la Edad Media.» Tales son las que podríamos llamar *Bases para el Reglamento de la sociedad fundamental humana*, pues todas esas ideas pertenecen á la introduccion del libro en buena lógica; pero ¿quién pide lógica á escritos donde no hay siquiera gramática?

La primera parte que sigue, parece que está destinada á examinar los síntomas de armonismo que ofrecen hoy las principales instituciones, ó sea

señorea, se impone siempre al arte una suprema ley de buen sentido por el mismo lenguaje dictada, que solo consiente asimilaciones entre las cosas que son similares. Pero la moderna filosofía por ir contra las leyes de la naturaleza y de la lógica, lo ha dispuesto de otro modo, ¡tanta es su vanidad y desvanecimiento! Entre razas meridionales, que no se acomodan con la poesía del Norte, con las artes del Norte, y hasta á los idiomas teutónicos son antipáticas, se empeña en aclimatar su filosofía, que es de todos sus productos el más exótico en nuestro suelo; y exagerada, desfigurada, abigarrada por la imaginación ardiente de sectarios, que antes que espuelas riendas necesita. Agréguese á lo dicho, que aquí se hace moda prontísimamente en ciertas esferas lo que allí no pasa casi nunca de manía individual, como acontece con el mismo Krause, tan oscuro y

en el lenguaje burocrático de la *Sociedad fundamental*, el número de socios conque puede contarse, ó vamos al decir, cálculos de probabilidad de la empresa. Aquí caminamos de maravilla en maravilla, de tanta originalidad espantados.

La *familia*, reunión personal «nos hace amado el hombre todo, como este tal é individual hombre.» Marido y mujer «viven juntos, hermanando la mayor de las oposiciones, la del sexo,» grandísimas sentencias, que escucha por primera vez absorto el siglo XIX. Se podría haber dicho mejor, eso sí; pero de un modo más nuevo... ¿quién? ¡Vivir juntos marido y mujer, hermanando los sexos! ¡Ahí es nada! Pues ¿y cuando añade que del amor de marido y mujer nace el paternal y el filial, y luego la familia, y las generaciones humanas? El lector no tiene manos para hacerse cruces.—«*Las naciones, los pueblos*, un conjunto de familias.» ¡El mundo boca abajo ante este descubrimiento insigne, que no habían podido hacer los patriarcas de la ley antigua, ni los *cabezas de barangay*, pobladores del archipiélago Filipino!—La *amistad*, «círculos de familias que se abren unos á otros y se comunican entre sí.» ¿Hay nada más poético? Algun tilde pudiera ponérsele, como el de hacer la amistad colectiva, cuando es eminentemente individual; pero esto es *peccata minuta*, porque en cambio nos revela que cada hombre tiene «su carácter,» y esto ya es un gran progreso para las ciencias, por más que sea un deplorable precedente para la armonía universal.—El *comercio social*, que «otros llaman trato,» se compone de elementos muy peregrinos: «las reuniones de familia, los círculos, las sociedades, y las artes de sociedad» que alimentan y embellecen la vida; «el juego, la música, el baile y el drama.» (¡Sordo sea el sentido comun, el drama arte de sociedad á par del juego!) Pues con este misto «se hace posible que los amantes y amigos se encuentren y se conozcan.» ¡Filosófica apreciación, sin duda alguna, y en estilo elevado y propio! Amantes que se conocen por primera vez no son amantes lo ménos hasta la segunda, y á su vez aquella primera vez no son tales amantes, ni siquiera conocidos.—El *estado*. Le hay terreno y divino para Krause. «El primero, es un organismo interior é interiormente relativo y omnilateral que representa la recíproca y exigible condicionalidad para el destino humano.» Con esa definición se contentarán nuestros oyentes, que si es oscura... no hay otra más clara.—La *Iglesia*. Por ser «la religion un modo total de la vida en

desconocido en su país, que algún sábio alemán se pasma de ver á su primer traductor Sanz del Rio elevado por nosotros al quinto cielo, y que baste inscribirse en los registros de su mal llamada escuela para tener derecho á la inmortalidad. El moderno achaque de menospreciar nuestras cosas ha sido tambien parte en que se tomen por Evangelio las diatribas de Sanz del Rio contra la lengua castellana, y se imite su estilo extravagante y agermanado, no debiéndose olvidar por último sus circunstancias personales, ni las que contribuyeron á que fuese elegido entre el cláustro de la Universidad central para estudiar el krausismo en Alemania. Nunca perdonará la historia á nuestro Centro directivo de Instrucción tan lamentable ocurrencia, inspirada principalmente por el prurito de imitar á tontas y á locas á la Francia, adonde en Febrero de 1834 el calvinista M. Guizot

relacion digna con Dios,» y por manifestar el hombre su sentimiento divino «en »forma social,» funda «una comun superior vida, donde muestra la religion de »su corazon en palabras y obras como *una edificacion social.*» No se dirá que la Iglesia no queda bien servida, y por alto estilo y con profundos pensamientos.—*La ciencia.* Con mucho trabajo consiguen los pueblos y las generaciones «edificar en forma de sociedad humana científica, la ciencia primera y las »ciencias segundas en ella contenidas.» (!!!) Una Academia universal de «todos los profesores científicos, llenará el fin científico humano y dará unidad »firmísima á la verdad.» (¡Unidad á la verdad!... unidad á su expresion diga V. otra vez, ó unidad á las verdades.)

La emprende luego con el *arte* y la *sociedad artística* humana, en vulgarísimas disquisiciones, que le ayudan á probarnos, (¿!) en otro capítulo, que las *Instituciones hoy activas de la sociedad humana no llenan el destino total de la humanidad* por las causas siguientes.—La familia, porque «los »esposos se aman, no absoluta ni primeramente como hombres, sino porque »son el uno para el otro, estos tales y propios individuos con su personal carácter, cualidades y prendas de cuerpo y espíritu,» (lo que deja traslucir algo y aun algos de amor libre, entre esos disparates de los tales individuos, que recuerdan los sainetes de D. Ramon de la Cruz, y las prendas de *cuerpo*, que parecen cosa de sastrería;) porque entre padres é hijos «reina y predomina la individualidad» (ó sea dicho en plata, que no amo yo á los hijos del Zebedeo ni á los de Kitolis, como á los que son carne de mi carne y huesos de mis huesos;) porque se quiere «más á los parientes que á los amigos y á los »amigos más que á los extraños,» fenómeno antihumano é insufrible..... Por todas estas cosas la familia no es perfecta, ni el trato social presente merece los elogios de Krause. Análogas censuras prodiga á las restantes instituciones. Las omitimos, porque no se entienden absolutamente las más de ellas, y no sabemos si son para reir ó para llorar, con la sola excepcion que sigue. Al *arte* lo censura, porque hay «artistas libres y artistas útiles,» (en español se llaman éstos artesanos) que «trabajan una pieza tras otra según modelo »hecho, sin originalidad de idea,» (por si no lo habíamos entendido) con cuyo descubrimiento maravilloso se engolfa en sapientísimas disertaciones sobre la condicion del artista útil y del artista libre, ponderando sus diferencias, que no son ni más ni ménos que las que existen entre el arquitecto y el albañil,

había llamado á Ahrens, agregado de la Universidad de Goettinga, á dar un curso de psicología en la de París.

Era Sanz del Rio hombre bondadoso, afable, místico, que trajo, como era de esperar, de Alemania, un tono dogmatizador y unos como vislumbres y destellos de iluminismo, harto propios para fascinar á jóvenes inexpertos. Lo revésado de la doctrina, que la hacia parecer nueva, y hasta inocente y católica á los espíritus superficiales, y las tradiciones de gongorismo que resuscitaba, nunca en la patria de Lucano y Gerardo Lobo muertas, hicieron fácilmente lo demás, dándose la mano con sucesos políticos de todos conocidos. ¡Fecha triste! Desde entonces el cuerpo escolar no ha vuelto á producir grandes escritores, ni siquiera medianos hablistas, ni ménos poetas de alto vuelo, sino oradores y discutidores, dialécticos é ideólogos; observacion que

entre Murillo y el mozo que los colores le molia. En cuanto á la concepcion artistica del mundo presente la juzga defectuosa, porque es una, particular, «no llena todo el corazon y todo el espiritu del hombre,» y nosotros en fin, los míseros mortales somos imperfectos, porque nos gusta más un arte que otro, porque preferimos una comedia de Calderon á un par de zapatos, una estátua de Fidias á un botijo de la Alcarria y la catedral de Toledo á un casucho de Chamberí. El artista por su parte, preocupado por el amor exclusivo al ideal, no siente «el amor á la humanidad,» y carece en fin «de educacion armónica de todo el hombre.» Este es tambien el resumen de su critica: que «ninguna de las esferas hoy activas de la sociedad humana, toma todo el hombre como objeto inmediato de educacion,» que les falta «de raíz una vida de positivo concierto... la sociedad total de las sociedades particulares, »la sociedad *fundamental humana*.» ¿A dónde va á parar este pensamiento desbocado? exclamará el lector. Bien claro lo dice, despues de multitud de botes y relinchos intelectuales. Sólo en la plenitud de su vida se hace «el hombre en la realidad histórica, semejante á Dios, y digno de su providencial destino,» (declarada herejía, que el hombre sólo mediante la gracia se hace semejante á Dios) con otras lindezas panteísticas semejantes á esta, encaminadas á la anulacion de la Iglesia católica y al ateísmo de los Estados, por medio de la absoluta libertad de cultos. Igual libertad pide en todo y para todo.

En la parte afirmativa del libro no podemos ni debemos ocuparnos ya, aunque bien lo mereceria, pues abunda en extravagancias y logogrifos no ménos que la otra, y es la que constituye al autor en un rapsoda ramplon y chabacano. Hácelo tambien inútil la breve suma que de ella hemos en el texto incluido. El método que sigue, análogo al de su critica de la humanidad, aunque algo más metafísico, le obliga á repetir á monton casi todos los conceptos que en las partes expositiva y critica deja formulados, habiendo párrafos y páginas enteras de vana palabrería, que no se acierta adónde corresponden, si á la exposicion, al nudo ó al desenlace, al principio, al medio ó al final. Tan pronto adopta el tono expositivo como el crítico, como el meramente didáctico; mesa revuelta en fin, y olla verdaderamente podrida para todos los paladares extragados, para todos los estómagos cance-
rosos.

conviene hacer aquí por vía de ejemplo de cuanto confunde, amanaera y esteriliza la inteligencia esa doctrina filosófica. Lastimoso error, volvemos á decir, porque en aquellos jóvenes á quien fascinó la nueva moda cifraban sus esperanzas la patria y la literatura, donde algunos habian hecho ya con lucimiento sus pruebas, mostrándose en el estilo y en el arte de escribir, objeto principal de nuestra tésis, puros, nacionales, verdaderamente españoles. Pero ¿qué habia de suceder, si el jefe de la secta, como hemos visto, declaraba inútil y tosco el instrumento que manejaban, y los hacia quizás avergonzarse de escribir como sus padres escribieron? ¿Qué habia de suceder, si con su ejemplo los arrastraba á formar en medio de nuestra sociedad literaria, una especie de sanhedrin misterioso, un como antro de sibilas, de donde solo debian salir envueltas en vapores oscuros y flameantes, palabras laberínticas, enmarañados conceptos, estilos de pura convencion para seducir á las gentes indoctas? En el mismo Sanz del Rio, como en Pitágoras, hubo dos hombres diferentes, el público y el privado. Aunque mediano orador, era en sus explicaciones ex-cátedra, claro y castizo, segun cuentan, lo que no parece inverosímil, recordando su *Discurso inaugural del año académico 1857 á 58*, y algun otro rasgo fugitivo de sus obras; pero cuando al coger la pluma de filósofo se le acordaba su pretendida mision profética y trascendental, arropábase con su manto de oscuridad y tinieblas á fin de parecer más que un hombre. En aquella actitud, indudablemente le poseia, como demonio tentador, un profundo desprecio hácia todo elemento nacional, empezando por la gramática de esta Academia y por sus mismos lectores, á quien juzga tan atrasados, que únicamente repitiéndoles una y mil veces los conceptos más triviales, y exponiéndoselos *ab ovo*, podrian ser de ellos comprendidos.

Sólo así nos explicamos las pomposas vaciedades que han salido de su pluma y las de sus discípulos, donde la crítica más zahorí para descubrir en el fondo algun vislumbre de pensamiento, y ese pueril y rancio y tortuoso, tiene que hacer esfuerzos semejantes á los del marino que sondea el grande Occéano para sacar al cabo de muchas horas y fatigas un puñado de arena ó un manojito de algas. Así y solo así concebimos en escritos llamados arrogantemente filosóficos, desvaríos como casi todas las notas y

adiciones del *Ideal de la humanidad*, su obra maestra, de sus pobres discípulos embeleso, y de nosotros los simples mortales desesperacion. Aquellos *Mandamientos de la humanidad*, parodia impía de los de la Ley de Dios, plagio rastrero del *Catecismo positivista* de Augusto Comte, que acababa de publicarse en París (1852) divididos en generales y particulares, donde se desconoce por tal modo la nocion rudimentaria de lo que es particular y lo que es general, como la significacion de las palabras más comunes, no ya en estilo puramente literario, que esto podia ignorarlo impunemente Sanz del Río, sino en el filosófico, que era su especialidad; aquellos consejos al hombre de que *santifique* á Dios y se santifique á sí mismo (1.º y 3.º) que entrañan un paralelo herético entre el Criador y la criatura, acaso por haber aplicado el verbo santificar sin conocer su significacion; aquel mandamiento de amar á todos los séres y á sí mismo con pura inclinacion (8.º), como si no hubiera en nuestro idioma palabra más gráfica y expresiva para designar el amor del espíritu, huyendo de todo sentido material, que es justamente el que la inclinacion revela, por lo cual resulta doblemente inaplicable con el abjetivo *puro*; aquellas recomendaciones de combatir la fealdad con la belleza (22), frases tan desnudas de toda metáfora, tan bajas é impropias, que parecen copiadas de un anuncio de cosméticos y perfumes; y todo aquello mezclado con los más disolventes apotegmas de la teoría panteística, como ordenar al hombre que niegue tributo á la fé y á la autoridad, é infundirle la esperanza de convertirse en Dios más tarde ó más temprano; todo aquel cúmulo de monstruosidades, para ser puesto en su verdadero punto crítico, exigiria mayores talentos que yo poseo, mayor espacio que el que me resta.

No concluiré, sin embargo, con el porta-estandarte de los germanófilos en España, sin traeros á la memoria su famosa disertacion sobre el organismo científico-universitario de la sociedad futura, que hasta en documentos oficiales se ha querido parodiar recientemente, con ser el más rancio y ridículo estrambote que al *Ideal de la humanidad* puso su traductor. A vosotros se os habrá caído el libro de las manos al llegar á tan estupendo pasaje, sin que os tomárais nunca la molestia de pensar por qué; pero es preciso que apureis la amarga copa hasta las heces,

penetrando conmigo en aquel dédalo de frases enmarañadas y de oraciones sin concluir, donde se repiten cien veces los más vulgares conceptos y los originales no se entienden ninguna vez; donde el único plan que el autor parece haberse propuesto es volver las Universidades á la Edad Media y convertirlas en behetrías, con su fuero especial científico y jurídico, incompatible con la armonía histórica-espiritual-natural á la vez, que para las demás instituciones de la sociedad regenerada preconiza. Cierto que ningun crítico imparcial debe haber penetrado hasta hoy en semejante mazmorra, donde el espíritu se asfixia y entonetece.

Tres son, segun el propagador krausiano, las instituciones interiores de la ciencia (¡instituciones interiores!) «que se relacionan particularmente con la institucion científica (Universidad) llamando así la sociedad humana para la ciencia.» Hélas aquí: «la Biblioteca, la Academia, la Cátedra.» (Al revés me las calcé, dirá cualquiera entendido.) Oigase ahora nueva y sorprendente doctrina sobre las tres instituciones.

A la Biblioteca nos la presenta buscando libros, junta en uno con el bibliotecario y en una sola persona confundidos, como si el bibliotecario no fuese de carne y hueso y la biblioteca de cal y canto. El mérito de los libros ha de clasificarse «sin juzgar» directamente de su valor literario, sino su relacion histórica, «y la que guardan con las producciones contemporáneas, con el autor, como su padre, y con el estado literario del pueblo y del siglo;» galimatias que en cristiano quiere decir, que se clasifique el libro con relacion á su época, á su autor y á la ciencia de que trata; lo cual si no resulta juicio crítico, y literario y directo, venga Dios y véalo. En cuanto á novedad científica, mucha más tiene cualquier artículo del Reglamento oficial de archiveros-bibliotecarios. A la Academia la llama «institucion personal» en unas partes, y en otras «particular y relativa,» como si pudiera ser duendina, á tenor de los entes del P. Fuentelapeña; la atribuye «fines muy varios, y cada cual propio,» sacándonos del error de que pudieran ser ajenos, y añade muy horondo que ha de «tratar cuestiones» y ha de «hacer consultas,» notabilísimo descubrimiento filosófico-administrativo, que dejará espantados á los oráculos de la Administracion española,

Posada Herrera y Colmeiro. Finalmente «la verdad hallada» en la Academia ha de tomar «forma exterior,» que es la cátedra, y en la cátedra ha de ser «expuesta (¡pásmese el orbe!) en forma de doctrina científica,» y no en coplas de Calainos ni en récipe de botica. ¡Señores, Académicos! ¿No es esto escribir por escribir, sin saber lo que se escribe? ¿No es esto amontonar palabras, como el minero amontona escoriales á la boca de la mina, sin distinguir lo que es tierra de lo que es oro?

Pero ya abuso de vuestra benevolencia, máxime si teneis el espíritu en el mismo punto de perturbacion y mareo que está el mio, con tantas *aliquitates* y *quidditates*, como ha abortado el germanismo para afrentar á los escolásticos. Por idéntica razon no me ocupo en los escritos, igualmente censurables, de algunos jóvenes de gran valer, afiliados á la escuela krausiana; por esa razon, y porque los considero á unos próximos á tornar al buen camino, y á otros, en el de arrojar la máscara, como les aconsejan filósofos eminentes, para declararse panteistas ó positivistas, lo que al ménos deslindará los campos, y dará al espiritualismo gran ventaja para la lucha.

Por fascinacion y por debilidad, por seguir la corriente de su maestro español, ellos desprecian la gramática, amaneran su estilo, revesan su inteligencia, y ponen en todas sus obras sello estrambótico, que cuando salgan de esa esclavitud intelectual se apresurarán á destruir, recordando el famoso dístico de *Urganda la Desconocida*. Ellos no pueden ménos de tener presente que un desgraciado escritor, que acaba de morir, entre los últimos vislumbres de su juicio lo tuvo para querellarse de que krausistas y telegrafistas estén asesinando á la pobre lengua castellana, que ningun mal les ha hecho. Ellos, en fin, no podrán ménos de considerar, que mientras la ciencia les ha costado largas vigiliass, á otros les basta para alardear de filósofos tomarse de memoria aquellos versos tan conocidos:

«Si culto quieres ser en solo un día
la culti aprenderás jerga siguiente.»

¡Cómo no hemos de esperar confiadamente ver borrados por sus mismos autores apotegmas como estos: «el derecho es la evolucion del concreto,» frase desnuda hasta de propiedad grama-

tical; «el poeta es á la vez sujeto y objeto de sus creaciones, materia y forma, efecto y causa,» con otros muchos por el estilo, de que podria hacer aquí larga recordacion, si no temiera alargar este Discurso. Hasta en obras puramente literarias campea tan desbocado el desprecio á la gramática y á toda ley de lenguaje, que sin hablarnos de «bello arte,» «de torcimientos de espíritu,» «de artistas científicos,» «de reducir por tiempos,» «de ojeada total y comprensiva, etc., etc.,» no se atreve ningun krausista á sentar plaza de literato. En la misma cuenta incluyo no pocos discursos parlamentarios y documentos oficiales, que en lo porvenir volverán locos á los lectores de la *Gaceta*, si no tienen á la mano un traductor.

Recordemos ahora para concluir la mision lingüística que á sí misma esa escuela se atribuye, para mejor comparar con la de sus pretensiones insensatas la suma de sus desaciertos. «Precisa, clara, enteramente distinta en sí, en sus elementos interiores, y coherente, rica, llena de carácter y vida,» habia de ser la lengua castellana, segun el Sr. Sanz, para ponerse á la altura de sus pensamientos.—*Precision*. El escritor más adocenado se atreveria á condensar en media página cualquiera de las más precisas que él haya escrito.—*Claridad*. Ya veis que es su estilo como la boca de un lobo, y que alguna vez nos ha hecho bendecir la invencion del gas.—De su *distincion en sí y en sus elementos interiores* nada podré deciros, porque á la verdad no lo entiendo bien, ni es posible brujulear lo que por distincion entendia, hombre que usa sustantivos por adjetivos, como «instinto bibliófilo,» y que á un verbo singular lo movia con dos agentes, como la «biblioteca y el bibliotecario... busca.» Si tomára él la distincion en otro sentido, podria quizás admitirse, pues en efecto su estilo se distingue entre todos los españoles como el desierto de Sahara entre todos los campos del universo.—La *riqueza, carácter y vida* que acertó á prestar al castellano, todavia os las recordarán en los fatigados oidos el insoportable martilleo de frases hasta la saciedad repetidas, de oraciones iguales y tortuosas, la nimiedad de los accidentes retóricos, la amplificacion

sistemática, el pleonasma insufrible, y la más insufrible monotonía. Dícese también que vino á purgarlo de *impurezas* y de *influencias extrañas*, y esto sin duda se dice, como él las más de sus cosas, por decir, pues mal podía traer semejante misión respecto al idioma el que vino á germanizarlo. No conozco una sola palabra inventada por el Sr. Sanz, que merezca entre nosotros carta de naturaleza, ni sabría decir si las que nos chocan son verdaderas invenciones. Excepto *seidad*, *capacitar* y alguna otra por el estilo, sólo encuentro palabras mal construidas ó cuya significación él mismo desconocía, como *terrificas* (sombras) en el *Ideal de la humanidad* (segunda edición, pág. 285), donde hizo de tierra lo que de terror pensaba hacer. Ni eran su especialidad semejantes invenciones, que siempre descubren potencia intelectual, sino la de giros y frases, como ya se ha dicho.

Coinciden en esta manía de reformar los idiomas casi todos los visionarios filosóficos, que no en balde es el lenguaje, según de Bonald, el problema fundamental de la ciencia y aun de la vida humana, y ellos en su ceguera necesitan para remover la ciencia y la vida en nuevo crisol, nueva palanca y más á su modo y entender poderosa. Proceden con el lenguaje ni más ni ménos que con la sociedad, que si repugna su doctrina, si la escarnece, si la encuentra descabellada, no confesarán que se equivocaron, no por cierto; sino dirán que la sociedad se equivoca, que no está al temple del fuego sagrado, que hay que reformarla y dignificarla; y en seguida escriben su utopía, su receta para el enfermo imaginario, que no la necesita, y á quien causan una verdadera enfermedad por curarle en salud.

Aspecto curiosísimo de la vanidad científica, implacable enemiga de la verdadera ciencia, si el espacio de que ya dispongo me lo permitiese, de buen grado os describiría el idioma del porvenir, que el sansimoniano Enfantin soñó en su *Libro nuevo* (otro *Ideal de la humanidad*) donde exagerando por todo estilo la extravagancia de Leibnitz de dar participación al álgebra en la vida moral, insinuía que para armonizar rigurosamente el lenguaje y la filosofía, han de ser, en el tiempo que él llama infinitesimal, el hombre teórico, *el sustantivo*, el práctico, *el adjetivo*, el sacerdote, *el verbo*, con otras innovaciones semejantes, que dan ganas de encerrar á su autor en un manicomio. Parte por

encubrir un tanto cuanto sus pensamientos, de la propia conciencia temerosos, adivinando que han de escandalizar á las gentes, parte por afectacion de éxtasis intelectual, donde vagan por esferas suprasensibles, parte en fin, hagámosles esta justicia, porque entreven la verdad, pero el espíritu de sistema y el orgullo de sectarios les aconsejan decirla de nuevo modo y al artificioso organismo que ellos *á priori* se imaginan acomodarla, esclavos de sí mismos, esos pobres hombres se convierten en multiloquistas desatinados, de los que habla el cap. X, v. XIX de *los Proverbios*. ¡Cuán diferentes de nuestros místicos, que tambien se quejan del idioma, pero no por soberbia sino por humildad, porque no les basta para extremar con tanto extremo como querrian las alabanzas á Dios! La razon de esto da el mismo teólogo á quien he citado por modelo de vulgar escolástica, diciendo bellamente, que «en el enagenamiento estático oye el hombre cosas, que no le es lícito ni puede decirlas, porque todo está en el afecto, quiero decir que no discurre ni raciocina, sino ama.»

Ayudan mucho estos tiempos á toda perversion moral é intelectual, con traer á los espíritus desatentados, á las creencias en perpétua discusion, y á los hombres y á las cosas fuera totalmente de su quicio. Há casi un siglo que vive la Europa en insoportable vigilia, oyendo en lo íntimo de sus entrañas rumores pavorosos, golpear incesante, estallidos y desplomes. Entre tantas ruinas como por todas partes nos rodean, tengo por maravilla y solo á causas providenciales atribuyo, que conserveis incólume la augusta magestad de nuestra lengua. Séame permitido concluir con una halagüeña hipótesis, ya que toda la ciencia y toda la filosofía conducen hoy por término á un desgarrador ¿quién sabe? pues por romper el velo á los misterios de la fé, únicos que alumbran y embellecen este camino oscuro que la humanidad recorre á tientas, hemos llegado á hundirnos en un abismo de pavorosos misterios; misterio del *Pan-theos*, misterio de la materia, misterio de la fuerza, misterio de la seleccion, misterio de la evolucion, série infinita de indescifrables hipótesis, que prueba ser la ciencia humana limitada, incompleta, reflejo pálido de una inteligencia superior, y que ella puede, sí, brujulear las leyes generales de la vida, pero no

dictarlas, ni aun explicar satisfactoriamente el pensamiento que las dictó. Séame, pues, permitido concluir con una hipótesis consoladora. ¿Quién sabe, si cuando uno de nuestros más grandes reyes prefería para hablar con Dios, entre todas las lenguas europeas la lengua de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, nos daba la clave del misterio peregrino que á vuestro Instituto en estos tristes dias enaltece? ¿Quién sabe si el castellano sigue siendo el más puro y vigoroso de los elementos de nuestra nacionalidad, porque es el intermediario entre nuestro pueblo y Dios, relaciones destinadas á no romperse nunca? ¿No recordais cuánta energía, cuán indómita resistencia ha opuesto siempre á las prevaricaciones, él, tan dócil y flexible, que fué latinizante en los siglos medios, itálico en el XVI, gongórico en el XVII, galicista en el XVIII, y trivial é insípido en lo que del presente lleva andado? Otro recuerdo me asalta en este momento, que no puedo ni debo omitir. Los hombres más eminentes de la Reforma luterana, que eran á par insignes hablistas, como Juan de Valdés y Cipriano de Valera, no lograron hacer protestante á nuestro hermoso castellano, antes él protestó contra ellos, desnudándose de sus galas y atavíos en sus obras filosófico-religiosas, donde aparece desabrido, seco y anti-musical, mientras en el *Diálogo de las lenguas* y en sus obras literarias les prodiga á manos llenas todos sus encantos, sus armonías todas, su incomparable grandilocuencia y magestad. No pueden, pues, los filósofos culti-germanos huir de un triste dilema, en la lucha mortal que vienen con vosotros sosteniendo, padres del buen decir y del puro y gallardo estilo: ó confiesan que de lleno les comprende la sentencia ya alegada de San Buenaventura, y que se explican mal, porque no piensan bien, ó que es demasiado grave nuestra lengua para prestarse á las grotescas supercherías, á las impúdicas dislocaciones que quieren imponerle para que niegue ¡insensatos! á su Dios. ¡Sí! que el principal objeto de esa gimnasia empírica es atacar al catolicismo por la espalda, y noble, creyente, mística, nuestra lengua repudia el filosofismo, porque en ella cada palabra tiene su historia ejemplar, limpia, concreta, y á las veces santa, historia que está indisolublemente unida al *Símbolo de la fé*, al *Camino del cielo*, á la *Conversion de la Magdalena*, y á tantas y tantas obras inmortales, que la

hacen inmortal. Por eso cuando tal vez á traicion la vencen, cuando la torturan, muéstrase segun acabais de ver, como un mártir, descoyuntados los huesos, abrumado de saetas, pero brillando todavía en cada palpitacion de sus carnes desgarradas los resplandores misteriosos de un alma llena de fé y de una conciencia pura, que en los espacios infinitos vive, mientras á manos de sus verdugos muere. He dicho.



CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL.

dicen hijos de la civilización y del progreso; y con tal ejército
ris, por ellos mismos expeditos, por ellos los soldados y predonados
por ellos, nos llaman á los demás occidentales y retrógrados, y
apartados, y partidarios de la tiranía y de la arbitrariedad, con
otros no menos terribles mote, algunos groseros y todos ca-
lumniosos. ¡Impasible parece! Arrojados por semejante gite-
ria, ocultan el rostro ante calificaciones tales y se retraen espas-
micos algunas espíritus callados, que serian vigorosos atletas
si la discusión fuese decorosa y urbana, ó si la persecucion fuese
material. Pues bien, es menester amarse de este valor, mucho
mas allí que el otro en los tiempos que atravesamos; es preciso
acostumbrar el oido á semejantes parlamentos, y oponer á la
desfachatez, á la serenoridad, á la descompostura, la sangre fría;
los insultos, razones; á los apodos; sonrisas compasivas; y avan-
zar sin miedo por la carrera firme y segura que se abre á nues-
tros pasos, sin parar mientes en el estruendo infernal clamoroso. Ni
mas ni menos que el discreto viajante, sin salir un punto del ca-

Por todo extremo es para mí satisfactorio el encargo de sa-
ludar y dar la bienvenida, en nombre de la Academia Española,
á nuestro nuevo compañero, el Sr. D. Vicente Barrantes. Por-
que en su discurso de recepcion que acabais de escuchar, res-
plandece una cualidad que aprecio más que nadie, ó tanto como
el que más, estimulando en toda ocasion que puedo, así á jóve-
nes como á hombres maduros, para que de ella hagan pública
ostentacion y generoso alarde, y por la cual merece el señor
Barrantes plácemes cumplidos y cordiales enhorabuenas.

Presidiendo la Academia Matritense de Jurisprudencia y
legislacion en el año de 1867, dije en la sesion inaugural las
siguientes palabras:

«No he de negar ni ocultar, Sres. Académicos, que la de-
fensa de los principios salvadores de toda sociedad, y la sumi-
sion completa á los preceptos de autoridad infalible, traen desca-
labros consigo y exigen hoy algun esfuerzo. Entereza para
combates materiales, para desafiar grandes riesgos y desdichas,
en suma, para reñir batallas sangrientas, tiénela muchos; en
algunas tierras, y España una de ellas, no suele faltar á nadie.
Pero valor para afrontar con nobleza, un dia y otro, el incesante
empeño de poner en ridículo cosas y personas, es por todo
extremo escaso. Conócenlo la revolucion y la impiedad, que son
una misma cosa, y acuden á la estratagema de lanzar los dardos
de la ironía y los tiros del sarcasmo sobre los que viven apeg-
ados á las tradiciones seculares de la patria. Llámanse los enemi-
gos de España y de su cristiano idioma, á sí mismos sábios, y

dícense hijos de la civilización y del progreso; y con tal ejecutoria, por ellos mismos expedida, por ellos legalizada y pregonada por ellos, nos llaman á los demás oscurantistas y retrógados, y apagaluces, y partidarios de la tiranía y de la arbitrariedad, con otros no ménos iracundos motes, algunos groseros y todos calumniosos. ¡Imposible parece! Arredrados por semejante gritería, ocultan el rostro ante calificaciones tales y se retraen espantados algunos espíritus gallardos, que serian vigorosos atletas si la discusión fuese decorosa y urbana, ó si la persecución fuese material. Pues bien, es menester armarse de este valor, mucho más útil que el otro en los tiempos que atravesamos; es preciso acostumbrar el oído á semejantes barbarismos, y oponer á la desfachatez, la serenidad; á la descompostura, la sangre fría; á los insultos, razones; á los apodos, sonrisas compasivas; y avanzar sin miedo por la carrera firme y segura que se abre á nuestros pasos, sin parar mientes en el gárrulo infernal clamoreo. Ni más ni ménos que el discreto viajante, sin salir un punto del camino real, desprecia las trochas y veredas donde chirrian las cigarras y los grillos»

De este valor armado se nos presenta el nuevo colega; bien merece que yo cordialmente le felicite y abraze.

Antes de ahora, y en galanisimos versos, habia dicho el señor Barrantes:

«Hermanos en ciencia gayá,
vates que la patria mia
precia tanto,
desde la orilla del Caya
os contemplo noche y dia
con espanto.

Romped la lira armoniosa,
hundid la frente en el cieno
que envilece;
sois como el ave medrosa
que se esconde al oír el trueno,
y enmudece.
¿Por qué el cielo os dió esa lira,
mente ráuda que alto vuela,
voz canora,
si cuando la patria espira,
ni siquiera la consuela,
ni la llora?

Tantas almas desoladas,

tantos ayes y gemidos,

nada os deben!

Las vírgenes profanadas,

los altares destruidos,

¿no os conmueven?

Calle eterna de Amargura,

con el manto hecho girones

por sudario,

va la España sin ventura

recorriendo entre sayones

al Calvario.

En el cielo su esperanza,

desesperada en la tierra,

llora y gime;

sin que un grito de venganza,

sin que un cántico de guerra,

la reanime.

¡Y de España y de su gloria

os llamásteis herederos

sin segundos,

cuando el sol de la victoria

alumbraba á sus guerreros

por dos mundos!

¿No cantásteis sus hazañas,

sus blasones, sus encantos

y alegrías?

Pues, rasgaos las entrañas,

cual se las rasga en sus cantos

Jeremías.

Donde se alee una bandera

con castillos y leones,

¡bendecida,

allí estará mi alma entera,

mi laud y mis canciones,

y mi vida.»

Esto cantaba el nuevo Académico ayer, en su precioso libro titulado *Dias sin sol*; propónese en su discurso de hoy señalar á la befa y al escarnio el, llamémosle así, idioma del filosofismo krausista. Los pasages que cita, los trozos que transcribe y todos los libros y papeles de la secta, servirían en efecto para hacer reir, si no fuera porque al cabo hacen llorar. Ininteligibles como parecen, encierran sin embargo mortal veneno, y cada uno de esos discordantes pedriseos que hieren los oídos españoles, hallan intérpretes en los cortijos de Andalucía ó de Extremadura, y se traducen en frases impías, en amenazas pavorosas, en desmanes sangrientos. No hay que maravillarse; el krausismo es, además de ridículo en grado superlativo y eminente por su jerga inextricable, notoriamente panteísta; y el panteísmo es, además de anticuado, ateo apenas encubierto con mal pergeñado disfraz. Y como el ateísmo entraña la negacion de Dios, y de su Providencia, y de su justicia, y de su misericordia, abre de par en par las puertas á las refinadas codicias que la ley de Cristo prohíbe. La hez del pueblo no entiende la jerigonza de los filósofos krausistas; pero tampoco há menester entenderla; harto se le alcanza que niega á Jesucristo; y con esto le basta y sobra. Porque como la ley de Dios prohíbe que se codicien los bienes ajenos, se cree autorizado á codiciarlos, y en cuanto puede á tomarlos y repartírselos, tan pronto como haya quien le autorice á volver la espalda al verdadero Dios. Ved aquí de qué suerte, lógicamente procediendo, la ridícula fraseología de los filósofos á que alude nuestro bien intencionado compañero anatematizándola con gallarda y castiza frase, pone en manos de la desatinada plebe el trabuco y el puñal. Del propio modo, tan pronto como el rico avariento se entera de que no hay que temer á Jesucristo, porque Dios es engendro de la fantasía humana, sin accion, sin movimiento y sin vida, mófase de los santos preceptos de la caridad cristiana, y oprime y veja y aniquila á los pobres, y sin misericordia y sin entrañas agota sus fuerzas, y labra impío tesoros sobre el sudor sin descanso y sobre el trabajo sin consuelo. Véase de qué manera y faltando de todo punto para evitarlo humano remedio, las extravagancias incoherentes del filosofismo se convierten en barricadas sangrientas; y ante ellas, ridículas como son, estrambóticas y sin sentido ni

gramatical ni filosófico, caen los altares, y tras los altares los tronos, y la autoridad, y la propiedad de los ricos, y el trabajo de los pobres, con misera y lamentable ruina y destrucción de la patria.

La justicia de Dios es fundamento de los reinos y de las repúblicas. En las sociedades que no creen en Dios ni temen su justicia, brotan al punto sediciones que ahogan en sangre el principio moral de la autoridad, y discordias que extinguen la llama de la misericordia. Los príncipes se convierten en tiranos, los súbditos en canalla vil, los ricos en fieras inclementes y los pobres en furias infernales. El demonio del orgullo, de la soberbia y de la avaricia, el que atiza los odios, el que promete goces materiales, pasea libre por el mundo, y corrompe la ciencia, y arrebatá a la belleza su natural influjo. En la sociedad en que falta ó flaquea la fé, vienen al suelo las artes, desaparece la literatura, se hace grosera la lengua y groseros también los espectáculos: los teatros en que se oían con delicia los versos de Lope y de Calderón, de Alarcón y de Moreto, se llenan de inmundo fango, prostituyendo el corazón de la doncella y de la dama; y el pueblo que entendía, saboreaba y aplaudía los autos sacramentales, bellísima creación de la más noble y alta poesía, necesita para divertirse y entusiasmarse contemplar mujeres desnudas, lúbricas danzas, jóvenes convertidas en aladas mariposas, ó en peces caprichosos, y mancebos disfrazados de sátiros; con lo que, al ofascador brillo de las luces de Bengala, y resonando atronadora música, se deslumbran los ojos; se desgarran los oídos, el alma se paganiza, y el hombre, reflejo de la Divinidad, se degrada y embrutece.

Persona ciertamente no nada sospechosa de fanatismo y de intolerancia, Goethe, ha dicho que el verdadero, el único tema de la historia del mundo, es la lucha de la incredulidad con la fé, y que todas las épocas en que domina la fé son espléndidas, grandiosas y fecundas en frutos opulentos y duraderos; y, al contrario, todas las edades en que la incredulidad se engríe con malhadado triunfo, están cubiertas de sombras, entre las cuales se oculta su miserable infecundidad.

Si, como todos convienen en afirmarlo, aspiran noble y gallardamente las artes a levantarse desde la baja de la vida

meramente externa, vacía y nula, al alto mundo de los espíritus, ¿qué han de tener de artísticas, cómo han de ser bellas las producciones de infelices ingenios que sobreponen la razón á la fé, el cuerpo al alma, lo terreno á lo celeste, lo que está sujeto á podredumbre á lo que es inmortal y perdurable? Pues el habla de esos infelices no podrá recomendarse ni por la pureza, ni por la armonía, ni por la claridad, sonoridad ni elegancia; ménos aún podrá ser, ni recordar siquiera, la de Cervantes y Fr. Luis de Granada, la de Santa Teresa y Fr. Luis de Leon, la de Sigüenza y San Juan de la Cruz.

A fines del pasado siglo, la protesta religiosa, convertida, cual era de esperar, en escéptica filosofía, pasó, como también era de suponer, á convertirse en orgía revolucionaria y sangrienta. El drama patibulario de la revolucion francesa fué combatido por toda Europa; pero sucedió que toda Europa, al combatirle, quedó con el contacto inficionada. Permitió Dios que un hombre de entendimiento gigantesco, provisto de todas las dotes de gran capitán, enfrenando, al parecer, la revolucion en su patria, la paseara en realidad triunfante por todo el mundo, esplendorosa con el brillo de sus vencedoras armas. Los soldados de aquel caudillo que, en apariencia, habia restablecido el culto y levantado los derruidos altares, llevaron en las puntas de sus bayonetas, de nacion en nacion y de pueblo en pueblo, los funestos principios de la revolucion infernal que se gloriaban de haber aherrojado y vencido. ¿Quién tuvo la feliz idea de conocerlo, y de oponerse denodada, tenaz y desesperadamente, movido por seguro irresistible instinto, á la invasion armada de las ideas filosóficas de la revolucion francesa? El pueblo español, este heróico y altivo pueblo, que sin saber á punto fijo por qué, sin explicárselo bien, sin hacer ni escuchar largas arengas que se lo pusieran de manifiesto, por intuicion, como movido por el dedo de Dios, dijo al soberbio, feliz y triunfador propagandista: *De aquí no pasarás;* y del propio modo que las soberbias olas del Oceano no pasan nunca, ni en las más grandes mareas; del límite que las puso Dios con omnipotente dedo en blanda y move-diza arena, y de allí retroceden rugiendo á las playas antípodas, asimismo el católico pueblo en que vivimos dijo al coloso: «no llegarás á las columnas de Hércules;» y no llegó, y retrocedió

sin parar y sin lograr momento de reposo, hasta la roca de Santa Elena. Esto hizo España, no solamente para defender á una dinastía; no por conservar tan solo su integridad, sino por conservar su fé y su unidad católica, y por cerrar sus puertas á impías sectas y á intrusas filosofías.

Esto, y no otra cosa, fué nuestra guerra de la Independencia; para esto, y no para otros fines, dió Madrid el generoso grito de alarma en el memorable *Dos de Mayo*, y respondió sin vacilar España toda; para esto se llenaron de sangre nuestros campos y nuestros rios, los fértiles valles y las inaccesibles montañas. Por esta razón tuvieron por herejes casi todos los españoles á los invasores; por esta razón escribieron en sus banderas nuestros padres: *¡Dios, Patria y Rey!* Por esta razón se defendió Girona tomando por caudillo á San Narciso, y se levantó á los cielos el nombre de Zaragoza, apellidando á sus innumerables mártires, y cantando de la Virgen del Pilar,

Que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la gente aragonesa.

Unos cuantos ilusos, hombres de bien á carta cabal, mas por todos extremo cándidos, reunidos en Cádiz, encerraron en un Código los principios que traian en sus aceradas bayonetas las huestes invasoras; y defendiéndose heroicamente, como toda España, de las bombas y granadas enemigas, admitieron ceguedad lamentable! los envenenados proyectiles políticos y filosóficos. En vano, en vano invocaron á la Santísima Trinidad; inútilmente confesaron que la religion católica, apostólica, romana es la única verdadera: los principios filosóficos se han divorciado despues de la religion verdadera; y hoy, los que se llaman hijos y herederos de los legisladores de Cádiz, ó eligen lo que ellos llaman libertad, dejando á un lado la fé de sus madres, ó desfiguran la historia de los santos, ó blasfeman de la Santísima Trinidad, á despecho de los que la invocaban al frente de su código, ó conceden al error los fueros y franquicias que sus inadvertidos progenitores reservaban á la única religion verdadera.

¿Qué hay que admirar en todo esto? Principalmente, un misterio profundísimo de la omnipotencia y sabiduría divina; un misterio digno de que se recuerde á toda hora, por consuelo de lo presente, como esperanza para lo porvenir; que del agrado de Dios fué siempre *ocultar muchas cosas á los sabios y prudentes, y revelárselas á los pequeñuelos.*

Descuide el Sr. Barrantes, mi amigo querido y bien intencionado colega; descuiden los afligidos y espantados españoles que lloran con escasa esperanza de remedio: los prudentes nos han extraviado; los hábiles nos han confundido; nos han perdido los sabios; cuando Dios quiera, nos han de salvar los pequeñuelos. Entonces, todos en España adorarán á Dios con el culto de la religion verdadera, y se hablará, sin mezcla de jerga extraña, el idioma rico, armonioso, enérgico y cristiano de Fr. Luis de Granada y de Santa Teresa, de Lope de Vega y de Cervantes. Va lo uno con lo otro, y todo lo ha de salvar Dios por ministerio de los pequeñuelos.

Por lo pronto diré, á riesgo de que se rian los que se apellidan sabios y de ignorante me motejen, que hay fundada esperanza, pudiera llamarse seguridad completa, de que la lengua de *La guia de pecadores*, la de *Los nombres de Cristo*, la de *Las moradas*, en fin, la lengua castellana, será conservada del inficionamiento krausista por unos pequeñuelos que se llaman las mujeres.

No llevareis á mal, vosotras las que honrais este acto con vuestra presencia, que os llame *pequeñuelos*. Nada hay más fuerte que lo débil; nada más grande que la piedrecilla que derribó la estatua de Nabucodonosor. Pequeñuelas sois en comparacion de los sabios y filósofos; lo sois, sobre todo, en el sentido del Evangelio; lo sois, y lo habeis de ser, en el sentido de salvadoras providenciales de una sociedad que vuelve la espalda á Jesucristo.

Ni es la vez primera que lo digo, ni es por galantería; sino que mueve mis labios conviccion fuertísima y desapasionado juicio. De quien espero yo en la época tristísima que atravesamos la salvacion de España, de sus creencias, de sus tradiciones, y por consecuencia de su idioma, es de las mujeres, que saben la doctrina cristiana, y ponen en manos de sus hijos el sencillo

y profundísimo catecismo del P. Ripalda, ó el precioso libro compuesto por el P. Astete. Ellas saben, y nos enseñan, y seguirán enseñando á las generaciones venideras, que *Dios es un Señor infinitamente bueno, sábio, poderoso, principio y fin de todas las cosas; y se ríen, y se reirán perpétuamente, de ese Mundo-Dios, emanación necesaria y efusión continua de la sustancia de lo absoluto*, como dicen los panteístas disparatadamente; de ese Dios *que contiene en bajo mediante sí el mundo*, como añade Krause, en mal castellano por añadidura; porque no se presta el castellano á definir correctamente otro Dios que el verdadero.

Cierto que los muchachos salen del hogar doméstico, y son llevados á unos pozos de ciencia en que, á expensas del Estado, se les enseña filosofía krausista, que tanto vale como decir que se les enseña á renegar de la sencilla y sublime fé de sus madres, y á considerarlas como ignorantes por no saber más que la doctrina cristiana. Pero aun con este grave tropiezo, que es justo deplorar mientras extirparse no pueda, no se ha perdido todo; aunque se haya perdido muchísimo. Es posible, y aun probable, que el que de niño escuchaba embebecido á su madre, se ría cuando jóven de sus santas enseñanzas, siguiendo las lecciones de científicos maestros y doctores. Pero el día ménos pensado se apodera de su corazón el amor de una mujer; por ella suspira y vive; por su amada ríe y llora, y enfurécese celoso, ó tiembla de ternura enamorado. Pues en esa hora recobra la mujer su cetro, y mientras permanezca cristiana, no hay más remedio que hablarla en cristiano. La mujer, en tal momento, sigue siendo conservadora de las creencias del pueblo español y de su habla hermosísima; porque el apasionado jóven, extasiado de amor, olvida á los doctores, y vuelve á aprender que hay Dios que tachona de estrellas el cielo y cubre los campos de flores incomparables; que Dios, crucificado, redimió de la servidumbre del pecado al género humano todo entero, y que, además, sacó á la mujer de la abyección miserable en que vivía; y lo que no lograron ni el cielo con su rico manto de estrellas, ni el campo con su alfombra de lirios, violetas y rosas, consíguelo la sonrisa de la mujer amada, y todo en ella le parece encantador, bellissimo y casi divino, y exclama entusiasmado y gozoso:

Gloria al Dios de las Vírgenes y de los castos amores; gloria al Dios humanado que ennoblecó á la mujer; gloria al Hijo de la Virgen que elevó el matrimonio á sacramento; bendito sea Aquel que santificó la familia, uniendo *uno con uno, y para siempre.*

No haya miedo que la requiebre de amores en algarabía krausista; no hay temor de que la hable del *yo mismo reconocido en la conciencia, y á distincion determinada del cuerpo, que como le consideramos propia y primeramente en nuestro sér y propiedades, las puras nuestras interiormente sin necesaria atencion en este al cuerpo y lo tocante á él considerado, no haciendo esto primeramente á nuestro propio sér—sér de espíritu y conciencia—sino solo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, como conjunto é íntimo conmigo.*

Si cosas tan estupendas viniese á decir un enamorado, la señora de sus pensamientos, por mucha gana que tuviera de casarse, le recibiría y contestaría con una carcajada. Y este burlon alborozo de la solicitada prenda de su alma, es gran conservador del patrio idioma; que ni consiente el amor verse traído y llevado con tan enrevesados términos, ni olvidan nuestras bellas y despejadísimas españolas que el engaño y la falsía van siempre envueltos en oscuras palabras; saben que en buen romance y mejor castellano aprendieron la verdad en el catecismo; engrandecedora, sencilla, clara, sublime; y quieren el castellano, y no algarabía que las suena á matrimonio civil y á casamiento á espaldas del cura y por detrás de la Iglesia.

Es necesario que el enamorado olvide á sus doctores y recuerde á su madre; deje á Krause y á sus discípulos, sus filosofías y sus estrambóticas frases, y diga á su amada estas ó parecidas palabras:

¿Por quién me encuentran velando

las aves cuando amanece?

¿Qué está en mi alma pasando:

que me halla siempre llorando

la luna cuando anochece?

La fuente clara y serena,

las parvas llenas de trigo,

mi huerta de flores llena,

todo sin tí me da pena,
 todo me alegra contigo.
 Como mi amor extremado
 no hay en todo el mundo dos;
 más que á mi madre te he amado,
 y si no fuera pecado,
 te amaría más que á Dios (1).

La mujer podia comprender y comprendia, aquello de *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura*; porque, si bien conceptuoso y de malísimo gusto, no era contrario á la luz natural, ni á la revelada, ni estaba reñido con todo género de ternura. Aun el que estos retruécanos borra-geaba, podia decir también,

¿Dónde estás, señora mia,
 que no te duele mi mal?
 ó no lo sabes, señora,
 ó eres falsa y desleal.

frases en que no se echa de ménos ternura ni sentido comun.

No es maravilla que las mujeres sigan fieles á Jesucristo, aunque le vuelva la espalda el filosofismo reinante. Tienen tanto que agradecerle! Y ellas, que obran por sentimientos y afectos del corazon, é impulsos nobilísimos del alma, le guardan la gratitud que le deben. Nosotros solemos lavarnos las manos, esquivar compromisos, evitar peligros, ó temer burlas; ellas, entretanto, despreciando todo eso, que en efecto vale poco, siguen la tradicion de aquellas *santas mujeres* que acompañaron á la Virgen en el Calvario, y fueron con aromas á buscar á Cristo en su sepulcro al amanecer del tercero dia. El ángel del Señor, cuyo aspecto era como un relámpago, y sus vestiduras como de nieve, les dijo á ellas, y en ellas á cuantas sigan su camino: «*No temais vosotras, porque sé que buscáis á Jesús que fué crucificado.*» Y con efecto, no temieron ni dudaron; ni ahora dudan ni temen, antes bien nos dan ejemplos que nosotros

(1) *El juez de su causa*, comedia en tres actos, por un ingenio de esta corte.

no imitamos; unos por temor, otros por mala vergüenza, y otros, que son los peores, por echarla de sabios no queriendo repetir lo que dicen las ignorantes mujeres. Pobres semisabios, ciegos y verdaderos ignorantes! Huyendo del clarísimo hablar de la mujer, que es ahora el *pequeñuelo* del Evangelio, inventan disparatadas frases y locucion tenebrosa, para pasar como descubridores de un mundo hasta hoy desconocido; y no saben que hace veinticuatro siglos que los retrató de cuerpo entero el Rey Profeta en aquellas inolvidables palabras: «*Dijo en su corazón el necio é ignorante, no hay Dios.*» Dícenlo hoy muchos ó dánlo á entender con frases tenebrosas, desportillando el muro que defiende y engrandece á la sociedad humana. Pero abandonado lo más importante de la fortaleza al femenino, devoto sexo, defiéndele con valor incontrastable, con sencilla tranquilidad, con perseverancia pasmosa.

Tambien está escrito: el mismo ángel del Señor que dijo á las santas mujeres, *no temais, ya sé que buscáis á Jesús, añadió: id á decir á sus discípulos que resucitó, y que va delante de vosotras á Galilea; allí le vereis;* y le vieron, y se les apareció antes que á los hombres, y le confesaron resucitado antes que nadie; y le dieron su sangre y la de sus hijos en la arena de los mártires; y lucharon en circos y patibulos con las fieras y con los hombres, peores que las fieras; y convirtieron á sus maridos, á sus padres y á sus hermanos; y se hicieron muchas esposas de Jesucristo. Hermanas de la Caridad en los campos de batalla y hospitales, religiosas en los claustros, esposas y madres en el hogar doméstico, luchan denodadas bajo el amparo de la Reina de los Cielos, con filósofos impíos, con la petulancia descreída, con la soberbia humana que convierte á la razon en dios, én tabernáculo su interés, én fin y objeto de la vida los más groseros instintos, y los goces materiales que se logran con riqueza de cualquier modo adquirida.

Si la mujer se paganiza, todo está perdido. Pero no es de temer, fieles seguirán á Aquel que las redimió del oprobio, que las convirtió de cosas en personas, de esclavas en compañeras del hombre. Es posible y aun probable, que contribuyan á extranjerizar el idioma, ocupadas en preparar el *trousseau* de alguna novia, ó en buscar un *bijou* que haga *pendant* con otro

de su *toilette*, y lo que es aún peor, que ayuden á estropear la sintáxis castellana. Pero fuera de que yo creo que no son ellas las autoras del delito, sino meramente cómplices, y considero reos principales á los hombres, todavía espero firmemente que aunque hablen en francés, seguirán hablando en cristiano. En manera alguna las aplaudo en lo de adular el castellano idioma con *el mal pegadizo de frase extranjera*; pero sobre todo encarecimiento las alabo en su empeño de no des cristianizarle. Perdónoles fácilmente si oigo que le dicen á la Academia:

Vos no sois que una purista;

mas les ruego que no perdonen ellas á quien quiera que les venga hablando frases, no solo distintas, sino tambien opuestas á las del P. Ripalda.

Ya me parece oír á *los sábios* tachar mi discurso de coleccion de vulgaridades. Tendrán razon; pero es el caso que prefiero ser vulgar á ser desatinado. El tema felizmente elegido por el Sr. Barrantes, habiendo sido tratado con maestría, no deja nada que añadir á quien contesta; nuestro compañero lo ha dicho todo, y muy bien; mucho mejor que yo pudiera. Limitome, pues, á hacer, en nombre del Director, los honores de la casa, y á repetir á cuantas señoras favorecen á la Academia en este acto, lo que de ellas aprendí, lo que en la niñez me enseñó mi Madre, lo que dicen todos los dias las damas españolas á sus hijos.

Saludo á la mujer española, tipo de la mujer cristiana, y en ella fio la conservacion de las creencias de esta católica tierra y de su cristiano lenguaje.

Aquello que, en alguna comarca de Europa, ciertos hombres llamados sábios andan averiguando con solícito afan, metidos en inextricables laberintos, hablando una jerga que seria ridícula, si al cabo no fuese mortalmente venenosa, lo sabemos ya los españoles. Con firmeza y holgura lo aprendimos en el regazo de nuestras madres; lo oimos con deleite de sus lábios amorosos entre tiernas caricias mezcladas con saludables consejos: y sin fatiga nos afirmamos en su conocimiento y razon profunda y

eficaz, oyéndolo de nuestros varoniles padres, los soldados de la guerra de la Independencia, delante de los retratos de nuestros abuelos heroicos, los soldados de la fé por toda la redondez de la tierra.

En manera alguna las aplando en lo de adular el castellano con el mal pechazo de frase extranjera; pero sobre todo enarrecimiento las alabo en su em. **Febrero 22 de 1876.** Perdonos facilmente si oigo que le dicen á la Academia:

mas les ruego que no perdonen ellas á quien quiera que les venga hablando frases, no solo distintas, sino tambien opuestas á las del P. Ripalda.

Ya me parece oír á los señores tachar mi discurso de coleccion de vulgaridades. Tendrán razon; pero es el caso que prefiero ser vulgar á ser desatinado. El tema felicemente elegido por el Sr. Bartrames, habiendo sido tratado con nosotros, no deja nada que añadir á quien contesta; nuestro compañero lo ha dicho todo, y muy bien; mucho mejor que yo pudiera. Lámímonos pues á hacer, en nombre del Director, los honores de la casa. Y á repetir á cuantas señoras favorecen á la Academia en este acto, lo que de ellas aprendí, lo que en la niñez me enseñó mi Madre, lo que dicen todos los dias las damas españolas á sus hijos.

Saludo á la mujer española, tipo de la mujer cristiana, y en ella fio la conservacion de las creencias de esta catolica tierra y de su cristiano lenguaje. Aquello que en alguna comarca de Europa, ciertos hombres llamados sabios andan averiguando con solicitud atan, metidos en inextricables laberintos, hablando una jerga que seria ridicula, si al cabo no fuese mortalmente venenosa, lo sabemos ya los españoles. Con firmeza y holgura lo aprendimos en el regazo de nuestras madres; lo oímos con deleite de sus labios amorosos entre tiernas caricias mezcladas con saludables consejos; y sin fatiga nos alumamos en su conocimiento y razon profunda y